

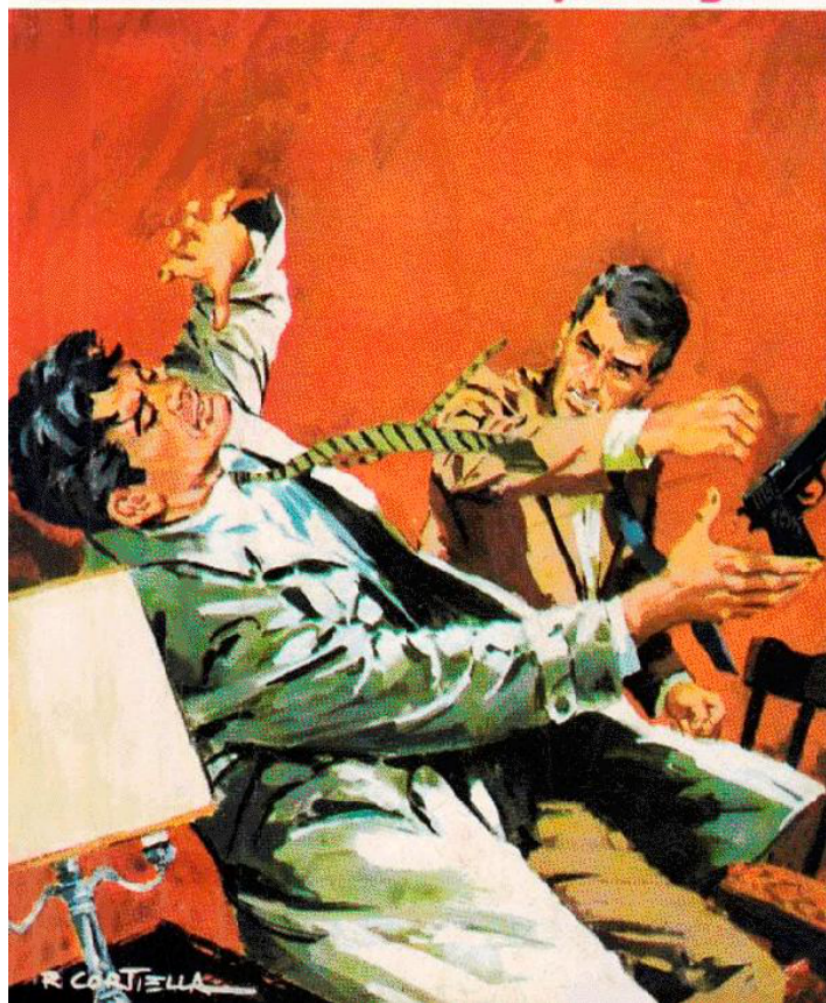
BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

Alf Baxter, agente federal

joe mogar



COLECCION

PUNTO ROJO



JOE MOGAR

**ALF BAXTER,
AGENTE FEDERAL**

Colección PUNTO ROJO n.º 440
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL ERUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES
CARACAS - MEXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 29.139 - 1970

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: setiembre, 1970

© JOE MOGAR - 1970

sobre la parte literaria

© RAFAEL CORTIELLA - 1970

sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

- En Colección BISONTE:
1.013. — Llamada a un pistolero.
- En Colección BUFALO:
395. — Alias, Pistol Kendal.
- En Colección SERVICIO SECRETO:
1.048. — ¿Ha visto a Molly?
- En Colección CALIFORNIA:
710. — Con tus propias manos.
- En Colección SALVAJE TEXAS:
734. — Boda sangrienta.
- En Colección COLORADO:
625. — Un *gun-man* en la noche.
- En Colección KANSAS:
631. — La pelirroja del Mund Lake.
- En Colección BRAVO OESTE:
499. — Jinetes de las estrellas.
- En Colección PUNTO ROJO:
426. — ¿Quién mató a Sheldon?
- En Colección ASES DEL OESTE:
555. — Un disparo en la bruma.

CAPÍTULO PRIMERO

Le obsesionaba.

Un «micropunto».

¿Lo que ahora se había dado en llamar un «micropunto»?

Alf Baxter no lo sabía con absoluta certeza pero lo presumía.

El contacto debería hacerse lejos de allí, dentro de muchas horas, pero aquello no le impedía pensarlo.

Unos guantes negros en las manos de una mujer.

Muchas mujeres los usaban de aquel color tanto para salir a la calle como para vestir, llevándolos al teatro o a la ópera.

No es que buscara los guantes ni mucho menos, ni siquiera a la mujer, pero sabía que existían con la misma seguridad de que ahora se encontraba volando en el interior del enorme vientre del tetrarreactor que debía conducirlo a...

—¿Desea tomar algo, míster Baxter?

La miró.

Bonita y con buenas piernas.

La azafata, con su sempiterna sonrisa en los rojos labios, si dirigirse a cualquiera de los pasajeros del avión. Devolvió la sonrisa.

—No, por ahora no —respondió—, gracias.

Se alejó de él.

Cerró lo ojos.

Por encima del avión las estrellas... por debajo, cualquier punto de su recorrido del vuelo directo Nueva York-París.

En el interior de su mente un hueco.

Que intentaba rellenar.

Primero la llamada al teléfono, su salida de Nueva York hasta Washington, el Departamento Federal, Hoover, sus instrucciones, su regreso por vía aérea a la ciudad de los rascacielos y ahora su vuelo hacia la de la luz.

Hacia la novia de Europa en donde podría encontrar un traje y

no para una boda, sino para el ataúd.

¿Cuánto faltaba aún para llegar?

Miró a la azafata que a su vez le observaba y la llamó con un gesto.

Pelirroja, de ojos grandes y negros.

Volvió a sonreírle.

—¿Desea que le sirva algo, míster...?

—Un *whisky*, si no está prohibido.

La sonrisa de ella se amplió.

—No, si no es más que uno.

Baxter sonrió, a su vez consultó el reloj y preguntó:

—¿A qué hora llegaremos?

—Sobre las tres. Cómo ve, en plena madrugada.

Siguió una pausa que Baxter no rompió, como si en realidad no tuviera nada que decir, lo que era una realidad, por lo que ella añadió:

—Voy a traerle un *whisky*.

Dio las gracias con el pensamiento puesto a miles de millas de distancia bajo sus pies.

Una nueva interrupción cuando la azafata llegó a su lado trayendo un alto vaso más que mediado de licor con un par de cubitos de hielo.

—Su *whisky*, míster Baxter.

Pasaporte turístico, pero su misión era muy otra; algo mucho más peligroso que admirar los monumentos de París o sus delicadas figuras femeninas.

Por segunda vez, y en tanto que la azafata se alejaba de él para a continuación ocupar la cola del avión, miró la esfera de su reloj.

La una y treinta minutos.

Bebió un poco de *whisky* y cerró los ojos.

Sus pensamientos eran los mismos y por muchos esfuerzos que hacía no podía cambiarlos en modo alguno.

Tampoco lo intentó.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí, completamente inmóvil, frente a un vaso que casi no había tocado, hasta el momento en que oyó la voz de la azafata a su lado.

—Si no se bebe el *whisky*, míster Baxter, ya no podrá hacerlo, por lo menos no a bordo de este avión.

La miró.

Los mismos blancos dientes que le sonreían, y sus ojos, que reían mientras le miraban.

Apartó los suyos, tomó el vaso y lo apuró de un trago.

Al terminar, ella dijo:

—Prepárese, que no tardaremos en tomar tierra.

No respondió.

Aquello era el final... del principio, aunque aquel pensamiento tuviera una burda semejanza con una paradoja.

Esperó, fue muy poco, apenas diez minutos, y los altavoces del interior del avión empezaron a anunciar que se colocaran los cinturones de seguridad que iban a aterrizar.

Lo hizo.

Diez minutos más tarde se encontraba con el maletín en la mano, su pasaporte en la otra, camino de la Aduana donde perdió otros tantos.

Por fin se vio fuera del aeropuerto internacional de Orly, mirando los coches estacionados muy cerca de allí.

Un «Peugeot» verde oliva.

Lentamente, después de encender un cigarrillo, que dejó colgado materialmente de la comisura de su boca, Baxter empezó a andar hacia el automóvil.

Baxter miró por la ventanilla.

Era un hombre.

Con el sombrero calado hasta los ojos y cuyo rostro sólo podía ver en parte, pero aquello no significaba nada.

—¿Me lleva? —preguntó.

El otro ladeó la cabeza para mirarle.

Ojos negros, duros, mentón cuadrado y la boca de labios finos y crueles... y en conjunto, un rostro que parecía forjado a golpes de martillo.

—¿Adónde? —preguntó a su vez—. ¿A París?

—Sí, claro.

—París es muy grande —adujo el otro—. No obstante, puedo llevarle hasta la plaza de Stalingrado. Mi camino es éste.

Baxter sonrió.

—El mío también, aunque sólo en parte. Puede dejarme en la calle de La Fayette.

—Eso está entre...

—La estación del Norte y la estación del Este.

—No irá a la calle de los Pequeños Hoteles, ¿verdad?

—Sí, así es.

El otro le devolvió la sonrisa.

—Suba, Baxter —dijo, y le abrió la portezuela—. ¿Qué tal fue ese viaje?

—Bueno, pero cansado.

—Pues a cansarse mucho más. Tenemos que atravesar todo o casi todo París, y eso llevará tiempo.

La sonrisa de Baxter se amplió.

—Sí, lo sé, pero es usted el que lleva el volante.

El otro se echó a reír.

—Lo que quiere decir que piensa dormir hasta entonces, ¿no?

—Por lo menos voy a intentarlo.

No le preguntó su nombre ni tampoco hacía falta.

¿Para qué hacerlo si estaba seguro que el suyo, por lo menos el verdadero, jamás se lo daría?

La identificación había sido correcta y aquello era lo único que contaba.

Cerró los ojos.

Tuvo que haberse dormido porque cuando su acompañante le despertó el sol brillaba sobre el cielo de París y sus palabras sonaban a sus oídos como un toque de alerta.

—Estamos entrando en la calle de La Fayette, Baxter —le miró mientras añadía—: Voy a dejarle, pero presumo que nos volveremos a ver. Es usted un conversador admirable.

Comprendiendo la ironía de sus palabras, el agente especial del F.B.I., se echó a reír.

Tres minutos más tarde, sin que se hubiera pronunciado una sola palabra más, el que le conducía detuvo el coche.

—Aquí nos separamos, Baxter —dijo—. Supongo que sabrá dónde se encuentra, ¿verdad?

—Sobre poco más o menos, sí.

Abrió la portezuela, saltó del coche sobre la acera y se despidió.

La respuesta fue:

—Buena suerte, muchacho.

Pensando en que iba a hacerle mucha falta, empezó a andar sin

volver ni una sola vez la cabeza para mirar el coche, que en aquel momento arrancaba para alejarse de él a buena velocidad.

Rue de Petits Hotels.

Ni siquiera merecía la pena tratar de encontrar un taxi.

No lo hizo.

Continuó andando, paso a paso, bajo el sol, mirando a todos lados, emborrachándose materialmente con el aire de París, hasta alcanzar la susodicha calle.

Miró a ambos lados de la misma.

Hotel Petit Parisiën.

Sin una sola vacilación, Baxter entró, desde la puerta lanzó una fugaz pero penetrante mirada a las personas que se encontraban en el *hall* y, maletín en mano, avanzó directamente hacia el *comptoir*.

—¿Quiere mirar si hay una *suite* reservada a mi nombre, *monsieur*?

Se expresaba en el más puro francés por lo que el gerente del hotel le miró un tanto asombrado, y luego sonrió cordialmente.

—Su nombre, por favor, *monsieur*.

—Alf Baxter, de Nueva York. Pedí reservación hace tres o cuatro días. Por telégrafo.

Aquello era una mentira tan grande como una catedral, pero el otro no lo sabía.

—Un momento —respondió.

Baxter esperó mientras consultaba el libro registro y luego le miró sonriente.

—Ciertamente, *monsieur* —respondió. Lo que Baxter ya sabía y de mucho antes de formular la pregunta—. Habitación 480, piso quinto. El botones le acompañará.

Cinco minutos más tarde, ya completamente solo, Baxter entraba en la *suite* que examinó palmo a palmo, recorriendo los dos sillones y el sofá, con sus dedos largos y sensitivos, bajo el tablero de la mesa, detrás de los cuadros y ya satisfecho de que no había un solo micrófono oculto en parte alguna, se acercó al teléfono y pidió una botella de *whisky* y un par de vasos.

Tardó otros diez en recibirlos, destapó la botella, escanció el licor, clavó los ojos en el otro vaso mientras levantaba el suyo y brindó:

—Por ti, «Guantes Negros».

Sonreía al terminar con su solitario brindis.

Hecho esto fue a la ducha donde se dio un prolongado baño consultó el reloj, se cambió de ropa y abandonó la *suite*.

No utilizó el ascensor para descender hasta la planta baja, sino que lo hizo por la escalera escudriñando de paso la disposición de los pasillos, lo que podía servirle para futuras operaciones, y ya en el *hall* se encaminó al bar.

Escogió uno de los más apartados taburetes y se encaramó sobre él, y lo hizo por la sencilla razón de que desde allí podía abarcar toda la amplitud del bar, la puerta de entrada, acristalada, y a través de aquella a las personas que entraban y salían del hotel.

—¿Qué va a tomar, *monsieur*?

Apartó los ojos de la puerta y miró.

Una camarera.

Ojos profundos, rasgados, negros, una boca roja, un cuello de cisne y una sonrisa un tanto mecánica.

—¿*Whisky*?

—Sí, gracias —respondió ante la insistencia de ella. Se lo sirvió a los tres o cuatro segundos más tarde y preguntó:

—Americano, ¿verdad?

Baxter dejó que una semisonrisa vagara por unos segundos por entre sus delgados y crueles labios.

—Sí, así es. De Nueva York. Usted, desde luego, es francesa.

—Cierto, *monsieur*. ¿Conoce París?

—Muy poco —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Qué hace cuando termina su trabajo?

—Me voy a casa.

—¿Sola?

La muchacha le miró suspicaz.

—Algunas veces —respondió.

Baxter tomó el vaso y con él en la mano respondió unos segundos antes de llevárselo a los labios:

—Quizá le pida que acepte mi compañía un día de éstos.

—No tarde, *monsieur*, o se encontrará con la plaza ocupada.

Baxter no respondió.

No, porque ella, al alejarse, requerida por otro cliente, se lo impidió.

Bebió de nuevo.

Hasta mediar el vaso y entonces oyó a su izquierda una voz con marcado acento extranjero:

—¿Me da fuego, por favor?

Se volvió.

Rubia ceniza, ojos azules, nariz fina, boca de labios un tanto gruesos, con minifalda, calzada con zapatos de alto tacón... y las manos.

Sobre todo las manos, enguantadas en negro, uno de las cuales, la derecha, sostenía un cigarrillo.

Baxter se llevó la suya al bolsillo interior de la americana de donde extrajo el encendedor y le dio fuego.

Cuando la primera columna de humo azul se elevó hacia el techo, ella dijo:

—¿Forastero en París?

—No, pero necesito un cicerone para algunas cosas.

—¿Puedo servir yo?

—¿Hasta qué punto?

—En todos los puntos menos en uno.

Baxter sonrió y ella le devolvió la sonrisa.

—Olga Strasser, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, y tú eres Alf Baxter, del F.B.I.

Una ligera pausa y el propio Baxter preguntó:

—¿Nos sentamos, o prefieres tomar algo en la barra?

—Prefiero una mesa. No me gusta cómo miras mis piernas y... en la barra, me temo que va a ser mucho peor.

No contestó.

Pero la prendió del brazo sin que ella protestara, cruzó el bar de un extremo a otro, hasta una de las apartadas mesas, le acercó una silla, esperó a que se sentara y luego lo hizo él, frente a ella, pero de un modo que en todo momento dominaba la puerta.

—¿Algún nuevo contacto?

Olga sonrió.

—No, por el momento, no. Solos tú y yo.

—¿Y...?

—Esperaremos hasta la noche, ¿comprendes?

—¿Y...? —repitió Baxter.

—Una casa de la plaza de Stalingrado, querido. No hay nadie. O mejor dicho, esta noche no habrá nadie.

—¿Cómo lo sabes?

Olga sonrió.

—Eso no se pregunta, Alf. Lo sé y basta. Recibí información de que así sería y... Bueno, podemos cambiar de planes si algo falla.

—¿Te alojas aquí, en el hotel?

—Sí, así es. En la *suite* contigua a la tuya.

—Eso me encanta, Olga. Quizá te haga una visita más tarde.

—¿Para quedarte conmigo?

—¿Y por qué no? Tú misma dijiste que en esto íbamos juntos.

La sonrisa de ella se amplió.

—Olvidas algo, querido —respondió—. Que es sólo hasta cierto punto.

Baxter se echó a reír.

—Háblame de esa casa, Olga.

La llegada de una de las camareras, con sus largas piernas envueltas en mallas negras, para preguntarles lo que iban a tomar, impidió la momentánea respuesta de ella.

Que lo hizo tan pronto como aquélla se apartó de la mesa con el encargo de servirles dos *whiskys*:

—Hay una caja de caudales en la habitación de *madame*, Alf. No te costará mucho el abrirla, puesto que tú eres un experto. En uno de los departamentos encontrarás un escrito referente a una herencia. Es ése el que debes tomar, ¿comprendes?

—¿Un «micropunto»?

—Sí, así es. Tenemos que llevar ese testamento al laboratorio para tratar de descubrir en qué letra, coma o punto lo pusieron. Es vital para nosotros y también para todo el mundo.

—¿Y...?

—¿No lees nunca el periódico, federal...?

—Algunas veces.

—Entonces sabrás que dentro de veinticuatro horas exactamente se va a celebrar una conferencia cumbre respecto a ese país, y el C.I.A., americano, al cual pertenezco como ya sabes, va a entregar ese «micropunto» a un alto empleado de la Embajada americana en París. Los rusos están planeando algo y te apuesto lo que quieras que entre otras cosas van a tratar por todos los medios de impedirnos que podamos cumplir con ese cometido.

—¿Saben ellos que ese... ese... se encuentra en aquella casa?

—Cierto que sí.

—Eso quiere decir que también es posible que sepan que esta noche no habrá nadie allí e intenten impedir el golpe de mano, ¿no?

—Si es así, querido, será una completa desgracia.

Era cierto, pero Baxter no le dio la razón.

Se limitó a dar un ligero cambio en la conversación.

—Además del hombre que me trajo hasta la calle de La Fayette, ¿cuántos más entran en el juego?

—Creo haberte dicho que por el momento nosotros dos.

Baxter tomó el vaso, lo levantó y bebió casi hasta apurar su contenido mientras que los bellos ojos de Olga no se apartaban ni un solo segundo de su semblante.

Al terminar de beber preguntó:

—Y de aquí hasta la noche, ¿qué vamos a hacer?

Olga le sonrió.

—Podría invitarte a mis habitaciones, para que tomáramos unas copas juntos, pero me temo que vas a extralimitarte, Alf, querido.

Baxter no contestó sabiendo que ella tenía toda la razón.

CAPÍTULO II

Terminaba su turno.

Desde detrás de la barra donde se encontraba, Mireille Dupré le miró.

Le gustaba el americano.

Aceptaría la cita... la hubiera aceptado con gusto, pero aquella rubia de pelo color ceniza había intervenido, y no le agradaba, y no por el americano en sí.

Desde luego no era la primera vez que un hombre la acompañaba a su casa ni sería la última —según pensaba—, pero aquello poco o nada importaba.

El americano había llegado a París, al hotel, y aquello sí revestía suma importancia, y no precisamente como hombre.

Se apartó del mostrador, dejando de observarle, se acercó al *maître*, habló unas palabras con él, éste consultó su reloj y asintió con un leve movimiento de cabeza y con una sonrisa.

Mireille se la devolvió, dio media vuelta y fue al tocador de señoras donde se arregló concienzudamente, lo mismo que hacía todos los días, y de igual modo abandonó el hotel, por la puerta trasera.

Pisó la acera, avanzó unos pasos, oyendo otros a su espalda a los que no concedió importancia alguna por lo que continuó andando un poco más hasta que notó que ambos, ya que eran dos, se colocaban a su altura.

Mireille continuó sin concederles importancia hasta que uno de ellos, el que llevaba a su izquierda, dijo:

—Camine hacia aquel «Citraën» color crema, muchacha, y no trate de hacer ruido o de llamar la atención. Sería peligroso.

Se detuvo casi en seco y les miró.

Le estaban sonriendo, pero ambos llevaban las manos derechas dentro de los bolsillos de la americana.

—¿Pero qué...?

—¿Vamos...?

Miró alrededor.

Nada.

Los dos habían escogido bien el lugar; la estrecha y solitaria calleja al centro de la cual, junto al bordillo de la acera donde se encontraba, permanecía estacionado el coche, con una de las portezuelas abiertas.

—Creo que se confunden —aventuró.

—Camine, preciosa.

Fue entonces cuando recibió el primer empujón, leve esta vez, y un tanto asustada empezó a andar, llevándoles siempre a su lado, hasta que se detuvo al lado del coche.

Hizo ademán de volverse con ánimo de protestar, de decir algo, y de nuevo recibió un empujón que ahora casi la lanzó sobre el coche.

—Vamos, entre, o vamos a hacerle daño de verdad.

No protestó sabiendo que era inútil.

Se acercó a la abierta portezuela, se inclinó, pasó la cabeza y la cintura para entrar, y entonces algo le golpeó la nuca con fuerza aterradora por lo que sin lanzar un solo gemido perdió el conocimiento en tanto que unas manos tiraban de ella desde el interior del coche que inmediatamente se puso en marcha.

Cuando se recobró, Mireille tuvo la sensación de que no se encontraba sola en aquella habitación de altas paredes desprovista de todo adorno y sacudió la cabeza abriendo los ojos a continuación.

Miró a su alrededor.

Una puerta al frente y nada más, si no tenía en cuenta a los dos hombres que la habían llevado hasta allí.

Entonces intentó moverse, pero no pudo, por lo que no tardó en comprender que se encontraba atada en una silla, en la única que había allí.

Les miró a los dos, aventurando una pregunta:

—¿Para qué me han traído aquí?

—¿No lo sabe?

—No. Es... es una equivocación, y no hay más verdad que ésa. ¿Qué es lo que tratan de hacerme?

—Eso, muchacha, no tardará en saberlo.

—Pero...

Repentinamente comprendió que era inútil continuar hablando, que ninguno de los dos harían caso a sus palabras por la sencilla razón de que no contaban en aquello, de que eran simples marionetas que sólo servían para una cosa: para matar... y quizá para otra más; para realizar trabajos como el que acababan de efectuar con ella misma.

Por tanto, guardó silencio y esperó.

Nunca supo cuánto ya que la habían desposeído incluso de su reloj de pulsera, pero aunque no hubiera sido así, tampoco hubiera podido ver su esfera debido a que sus manos estaban atadas a su espalda, hasta que oyó unos golpes dados en la puerta.

Miró hacia allí.

Uno de los dos tipos que la secuestraron estaba abriendo, y tan pronto como lo hizo la vio, enmarcada en el umbral, mirándola en silencio, y se dijo que era una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida, desde la cabeza hasta la puntera de sus zapatos rojos de alto tacón.

—Cierra, Ivan —dijo un segundo antes de cruzar el umbral hacia la puerta de la habitación.

El ruso-polaco lo hizo mientras que como fascinada, Mireille la veía acercarse a ella, sin dejar de mirarla fijamente, con sus grandes y profundos ojos negros en los cuales no había expresión alguna.

Se detuvo muy cerca, casi rozándola, y fue entonces cuando Mireille rompió a hablar:

—¿Quién es usted? ¿Por qué diablos me han traído aquí?

La rubia arqueó una ceja.

—Eso poco importa, muchacha —respondió—. En cuanto a lo segundo, pongamos que voy a hacerte unas preguntas y deseo la verdad. ¿Entiendes?

Mireille la miró arqueando las cejas.

—¿Quiere decir que no sufre un error, *mademoiselle*?

La otra denegó con la cabeza.

—No —afirmó.

—Pero...

—¿Quién es «Guantes Negros», querida?

—¿Qué...?

La rubia se acercó más.

—Escucha de una vez por todas, Mireille Dupré; no voy a perder mucho tiempo contigo —la tuteó—, ¿comprendes? Quiero saber quién es «Guantes Negros» y quién el americano que estuvo hablando contigo en la barra del mostrador.

Mirándola con asombro, Mireille respondió:

—¿Qué americano? ¿El que acababa de llegar? ¡Pero si ni siquiera sé su nombre! Se acercó como tantos y tantos otros clientes, pidió... creo que algo de beber, me dijo que un día de éstos me pediría una cita, y nada más. Luego, vino una muchacha y ambos se sentaron en una de las mesas —y Mireille no mencionó que aquélla llevaba guantes negros—. Entonces terminaba mi turno por lo que abandoné la barra y salí a la calle cuando esos dos... esos dos me trajeron aquí para hacerme unas cuantas preguntas de todo punto incomprensibles para mí.

La rubia le miró pensativamente.

—Escucha, muchacha —dijo fríamente—; tienes cinco segundos para contestar. Quiero saber todo lo que tú sabes de Alf Baxter y de «Guantes Negros». Y quiero algo más; los pormenores del plan de acción que van a desarrollar en París. Habla, pequeña, o no vas a salir viva de aquí.

Mireille miró alrededor.

Una puerta y dos hombres a cada lado de los marcos.

La única salida, la única vía de escape.

Miró a la rubia.

—Le he dicho que no sé de qué me está...

No terminó.

La rubia movió la mano y la bofetada alcanzó a Mireille en plena boca con tal fuerza que la hizo caer hacia atrás arrastrando la silla en que se sentaba.

Con los ojos cuajados de lágrimas, hecha un ovillo en el suelo, ladeó la cabeza y la miró.

Justo en aquel momento la rubia le clavó la puntera del zapato en el estómago y boqueando angustiosamente, falta de respiración, Mireille se descompuso.

La rubia no la golpeó más, se volvió hacia el ruso-polaco y dijo:

—Ablándala un poco, Ivan, pero ten cuidado.

El tipo se acercó a Mireille, se inclinó, la prendió del pelo y tiró

hacia arriba.

—Vamos, preciosa —dijo con fuerte acento extranjero—. ¿Quién es «Guantes Negros» y qué hace en París?

Con los ojos desorbitados, Mireille denegó con la cabeza e Ivan la abofeteó unas cuantas veces para a continuación dejarla caer al suelo donde con silla y todo la llevó de un lado para otro hasta que la francesa perdió el conocimiento.

Media hora más tarde la situación para los tres era la misma, aunque no para Mireille, que se encontraba hecha un verdadero guñapo.

Frente a ella, mirándola, la rubia, con el rostro tan impenetrable como una roca, dijo, sin mirar a Ivan:

—Tan pronto como anochezca sácala de aquí, ¿comprendes?

Mientras el otro asentía en silencio, ella extrajo una automática y disparó. La muchacha, caída en el suelo, experimentó una sacudida y nada más.

Hecho esto se volvió a mirarles a los dos, guardó la automática y sin pronunciar palabra se acercó a la puerta y la abrió.

No volvió la cabeza cuando cruzó el umbral, camino de la calle donde tenía estacionado su coche.

Serge Ivanoff detuvo el automóvil frente a la puerta del hotel Petit Parisiën, y durante unos segundos estuvo observando el ir y venir de los peatones y a las personas que entraban y salían del hotel.

Luego, quizá un tanto satisfecho de su observación, Ivanoff descendió, cruzó la acera, empujó la puerta y entró.

Se detuvo para observar el *hall* y luego sus ojos patinaron sobre las piernas de la rubia que había sentada en uno de los sillones, con una revista en la mano, hasta que cansado de aquella contemplación decidió darse una vuelta por el bar.

Entró.

Desde el mismo umbral, sin importarle para nada si molestaba o no en aquel lugar, Ivanoff perdió más de un largo minuto en observar a los clientes.

En la barra, frente a un vaso de Coca-Cola helada, Olga Strasser pensaba.

No había querido subir con Baxter a sus habitaciones.

Tampoco quiso abandonar el bar.

Baxter estaba solo en la *suite* que desde Washington reservaran para él. Una *suite* que durante unas horas también podía compartir ella, pero sin saber por qué, no era aquello lo que deseaba por el momento.

Tomó el vaso y empezó a beber.

Lo mediaba cuando oyó la pregunta a su lado:

—Apuesto a que usted es fraulen Strasser, ¿no?

Se volvió a mirarle con el vaso a media altura y una pregunta en los ojos.

Alto, fuerte como un roble, de extraños ojos verdes, boca un tanto grande de labios incoloros y el mentón partido por el centro.

Boca que no sonreía.

Americano no era, desde luego, aunque aquello nunca se sabía.

¿Ruso...?

Olga se formuló la pregunta llevando una sonrisa en los labios.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó de viva voz.

Como primera respuesta, Ivanoff tomó uno de los altos taburetes, lanzó una fugaz mirada. La miró a los ojos, continuó sin sonreír, y sentándose respondió:

—No, me temo que no, fraulen Strasser. Por lo menos no lo íntimamente que yo desearía.

—¿Y...?

—¿Qué significa esa «y», querida?

—Sencillamente una invitación para que continúe explicándose. Por el simple deseo de hacerme el amor no me habrá abordado, ¿verdad?

Ivanoff no contestó.

Se encontraba mirando al barman, que en aquel momento se les acercaba, y pidió mucho antes de que éste pudiera formular pregunta alguna:

—Un *whisky*, por favor.

Y añadió mirándola a ella mientras aquél se alejaba para cumplimentar lo pedido:

—Me presentaré —dijo sencillamente—. Me llamo Serge Ivanoff, y como la vi tan sola, me acerqué al *comptoir*, miré el libro registro y vi su nombre. Olga Strasser, querida, y por eso la abordé. Me

gusta como mujer... con unos guantes como éstos.

Olga le miró a los ojos.

Los del ruso se mostraban impasibles y los de ella completamente inocentes.

—¿Mis guantes? —preguntó—. ¿Qué tienen que ver mis guantes con sus gustos particulares, míster Ivanoff?

Sin contestar a aquella pregunta, el ruso formuló otra.

—¿Por qué no nos vamos de aquí hacía cualquier sitio donde podamos intimar un poco?

—¿Sólo un poco?

Fue la primera vez que le vio sonreír, un segundo antes de recibir la respuesta:

—Todo lo que usted quiera, querida. Diga, ¿por qué?

Olga le devolvió la sonrisa.

—Porque eso es ir a gran velocidad.

—¿Y no le gusta?

—Claro que sí, *mon amour*, pero se da el caso de que también me agrada estar aquí, en la barra de este mostrador.

Con toda desfachatez, Ivanoff señaló sus largos y esbeltos muslos apenas cubiertos por la minifalda.

—¿Y con esas piernas?

—Ciertamente —miró a su alrededor, volvió los ojos al ruso, ojos que reían y añadió—: ¿Se ha fijado en las miradas de los hombres? Eso agrada siempre a una mujer.

—En ese caso, ¿por qué no acepta mi invitación?

—¿Para hablar de los guantes?

—Para hablar de usted —la miró fijamente y añadió—: ¿Le han dicho que es una mujer muy interesante?

—No, nunca —abrió muchos los ojos y preguntó—: ¿En qué aspecto?

—En todos los aspectos, fraulen Strasser.

Olga le envolvió en una deliciosa sonrisa.

—Tendrá que esperar por el momento, querido —respondió, tomando el vaso de

Coca-Cola

para beber, acción que Ivanoff imitó con el de *whisky* que el barman depositara delante de él no hacía ni un par de minutos.

Al terminar, ambos se observaron en silencio sabiendo que

aquellas frases más o menos galantes, más o menos picantes, entrañaban un juego mortal para uno de los dos.

Fue el propio Ivanoff quien lo rompió con una pregunta:

—¿Dónde puedo ver a Baxter?

Olga le miró llena de inocencia.

—¿Quién es Baxter? —preguntó a su vez.

El ruso no sonrió.

Tampoco respondió a aquello, pero sí dijo:

—Es importante que yo le vea, muchacha, ¿comprende?

—No.

Ivanoff volvió a tomar el vaso, apuró el resto del licor de un solo trago y la miró dubitativo.

—¿Por qué no es una buena muchacha y me dice dónde puedo encontrarle? ¿Aquí o en sus habitaciones del hotel?

Olga hizo un delicioso mohín con los labios.

—Para mí —dijo calmamente—, sus palabras son chino. No conozco a ningún hombre llamado... ¿Cómo dijo? ¡Ah, sí! Baxter, ¿verdad?

—¿Serviría de algo si le dijera que voy a hablar de cierta casa de la plaza de Stalingrado? ¿De lo que hay allí y que ustedes desean?

—Vuelvo a repetirle que no le entiendo a usted. ¿Quiere decir que no me confunde con otra persona?

—¿Acaso con «Guantes Negros»? ¿Qué sabe...?

—¿De qué? ¿De los guantes...? Pues que son un artículo de señora, cuando es una dama la que los lleva, ¿no?

Ivanoff no contestó.

Y sin pronunciar palabra introdujo la mano en el bolsillo del pantalón de donde extrajo unas cuantas monedas que depositó sobre el mostrador, al lado de los vasos, abandonó el taburete y ya en el suelo, dijo:

—Nos volveremos a ver, fraulen. Me interesa usted.

—¿Por mis guantes?

—O por todo lo demás, querida.

—Le estaré esperando, *mon amour*.

No respondió.

Dio media vuelta y se encaminó al ascensor.

Tan pronto como le vio entrar, Olga Strasser abandonó la barra y se acercó a una de las cabinas telefónicas, tomó el auricular, lo

pegó a su oído y empezó a discar.

Ivanoff la vio al alcanzar el pasillo.

Con el rojo bolso en banderola, la minifalda y los negros ojos fijos en los suyos, mientras que a su espalda la puerta de una de las habitaciones se cerraba.

Ella miró, y al hacerlo ella desvió los suyos hacia otro lado, pasó junto a él e Ivanoff volvió la cabeza para seguirla con la mirada hasta que la vio entrar en uno de los ascensores.

Continuó andando, se detuvo frente a la puerta que viera cerrarse a espaldas de ella y sin una sola vacilación se acercó, levantó la mano y pulsó el zumbador.

Escuchó.

Nada.

Miró a lo largo y ancho del pasillo y volvió a llamar.

El silencio fue la respuesta.

Ivanoff escudriñó el pasillo por segunda vez y a continuación tomó el llavero y de él una delgada lámina de acero. Con aquélla en la mano se acercó a la cerradura y en contados segundos se franqueó el paso.

En derechura, sin una sola vacilación, el ruso atravesó toda la *suite*, se acercó al dormitorio cuya puerta empujó, fue a la ventana, la abrió, escudriñó la escalera de emergencia, apagó la luz y volvió al *living*.

Diez minutos le llevó registrarla y tres más en acercarse por segunda vez a la ventana que dejó exactamente como la encontró al entrar, y se encaminó hacia la puerta de salida.

No había cerrado con llave por lo que sólo tuvo que correr el pestillo para salir.

Ya en el pasillo, Ivanoff, sin cuidarse de cerrarla con llave, tal y como la había encontrado, miró una vez más a su alrededor y lentamente, sin prisa alguna, se encaminó hacia la *suite* que ocupaba Alf Baxter, agente especial del F.B.I., en misión de contraespionaje en París.

Llamó empleando el zumbador.

Silencio.

Lo mismo en que en la otra *suite*, sólo le contestó el silencio.

Ivanoff frunció el ceño, cosa que no había hecho con anterioridad, y sus pensamientos fueron hacia la rubia: Olga

Strasser.

Debió de suponer aquello.

Ella usó el teléfono para prevenir a Baxter y él había perdido demasiado tiempo en las otras habitaciones.

Ambas cosas eran importantes, pero mucho más lo era el asunto que quedaba pendiente entre él y aquel americano.

¿Y unos guantes negros?

¿Olga Strasser?

El ruso levantó la mano y llamó por segunda vez, recibiendo idéntica respuesta que a la primera.

Entonces se decidió.

También por segunda vez introdujo en la cerradura la delgada lámina de acero y abrió la puerta.

Ivanoff cruzó el umbral cerrando a su espalda.

Completamente a oscuras vaciló hasta que en un momento dado alargó la mano y tanteando junto al marco buscó el interruptor de la luz y la encendió.

La *suite* que ocupaba Baxter se encontraba completamente vacía y de nuevo el ruso pensó en Olga Strasser.

La registró.

Pero en contra de lo que hiciera en la otra, y no hacía muchos minutos, de allí no tomó nada por lo que cuando la abandonó, con el ceño levemente fruncido, nadie, ni un experto, podría decir que aquellas habitaciones habían sido registradas concienzudamente.

También utilizó el ascensor para ir a la planta baja, pero cuando alcanzó el bar, fraulen Strasser ya no se encontraba en la barra, pero sí la rubia que viera en el pasillo.

La miró, lo mismo que ya miraba a Olga y del mismo modo, sin una sola vacilación, se acercó a ella, tomó uno de los taburetes, lo acercó al mostrador y se sentó a su lado.

No la miró hasta que no le hubieron servido el *whisky* que pidió. Sólo entonces, ya con el vaso en la mano, comentó:

—Me estoy preguntando dónde la he visto yo, *madame*, y no logro encontrar una respuesta. ¿Recuerda usted?

Los ojos de ella le miraron displicentes cuando contestó:

—¿No cree que esa presentación es muy burda... cuando se desea entablar conversación con una mujer?

Ivanoff no respondió, tomó el vaso, bebió un poco y al terminar

lo hizo, pero con algo que indudablemente ella no esperaba.

—Hay muchos modos de hacerlo, y todos originales. ¿Quiere un ejemplo? Pues ahí va: Puedo venderle una información. Sobre unos guantes negros.

Ni un solo músculo del bello rostro que tenía delante se movió cuando ella tomó su copa de *bourbon* y se la llevó a los labios, sin pronunciar palabra alguna.

Pero lo hizo tan pronto como terminó de beber:

—¿Cómo ha dicho?

—Usted ya me oyó perfectamente, querida. Entonces, ¿para qué repetirlo?

—¡Ah! —Le dedicó una sonrisa a todas luces forzada y añadió—: Podría, desde luego, estarlo repitiendo durante todo el día más una noche, y no le comprendería. ¿Qué diablos me quiere dar a entender?

Ivanoff le dedicó una cordial sonrisa en respuesta a la suya.

—Estoy hablando de espías, pequeña —dijo con perfecta calma—. De esos tipos de ambos sexos que venden a unos y otros todo lo que de interesante cae en sus manos... y yo hablo de unos guantes negros. Unos guantes negros especiales, ¿comprende? Cien de los grandes, en dólares americanos y en billetes pequeños... por una historia en la que entra un espectacular golpe de mano. Puedo decir hasta la hora y el día, amén del lugar.

Ella levantó la copa, bebió de nuevo y respondió:

—¿Y por qué diablos me cuenta a mí todo eso? Y a todo esto, ¿quién es usted?

La sonrisa de Ivanoff se amplió.

—Podría ser ese «Guantes Negros», ¿no?

—Está usted loco —fue la respuesta que obtuvo—. Rematadamente loco.

—Sí, puede que lleve razón —respondió el ruso sin descomponerse y tomando su vaso de *whisky* cuyo contenido apuró de un trago, y entonces continuó—: Es muy posible, querida —introdujo la mano en el bolsillo de la americana, extrajo un pasaporte que depositó junto a la vacía copa de *bourbon* y agregó—: Cien de los grandes en billetes pequeños y americanos, por una información, o intervendrá la *sureté*, querida. A ellos no va a gustarle que su pasaporte sea falso. Entiendo bastante de esto para

saberlo. Pongamos que soy un experto.

Se bajó del taburete, hizo ademán de dar media vuelta y entonces ella le llamó:

—¡Espere!

Serge Ivanoff la miró fijamente a los ojos, pero ninguno de los dos logró averiguar qué era en realidad lo que estaba pensando el otro.

CAPÍTULO III

Baxter horquilló, miró alrededor suyo y lentamente se acercó a la puerta de salida.

Abrió un poco.

Sólo un resquicio, lo suficiente para poder ver el pasillo desde allí hasta el recodo donde se encontraban los ascensores.

Esperó.

Muy poco.

Uno o dos minutos y entonces le vio.

La descripción era perfecta por lo que llevó la mano a la funda de la axila y por espacio de unos segundos estuvo acariciando la culata de la automática, pero el hombre que venía por el pasillo se detuvo al paso de una rubia y luego, cuando aquélla desapareció de su vista, ante su sorpresa, le vio acercarse a la puerta que daba acceso a la *suite* que aquélla ocupaba, mirar alrededor, y a continuación forzar la puerta.

Baxter esperó un poco más y luego abandonó sus habitaciones.

Ya en el pasillo lanzó una larga mirada a la puerta que acababa de cerrarse delante de sus ojos, forzada por un hombre que tenía interés en verle, posiblemente un ruso, y dando media vuelta se alejó en sentido inverso a la escalera principal y a los ascensores y buscó la salida del hotel por la parte de atrás pensando en que Olga Strasser iba a perder bastante tiempo en la barra del bar, esperándole a él.

El garaje.

Baxter entró, encaminándose rectamente hacia el «Mercedes» que estaba estacionado en uno de los rincones, abrió la portezuela, se situó frente al volante, dio el encendido y empezó a conducir hacia Quai de Valmy, cerca del canal de St. Martin.

Sesenta minutos más tarde, Baxter se encontraba buscando el número.

El 670.

Allí, delante de sus ojos.

Detuvo el «Mercedes», encendió un cigarrillo sin dejar de observar la calle, que apagó a los pocos segundos y entonces abandonó el coche.

Cruzó la acera y se introdujo en el portal.

No había ascensor.

Empezó a ascender hasta el quinto piso y una vez en el pasillo buscó el número correspondiente al apartamento.

No vaciló, levantó la mano y pulsó el botón del zumbador.

Unos segundos de silencio y oyó cerrarse la mirilla, otros tantos y el recorrer del cerrojo y el paso quedó abierto enmarcándola en el umbral.

Una combinación azul cielo y debajo la preciosa figura de una mujer joven y morena.

Ojos pardos, grandes, rasgados y expresivos, boca roja de labios gruesos e incitantes, cuello de cisne, hombros redondos, bien torneados, lo mismo que los brazos rematados en manos de dedos largos y uñas nacaradas, senos altos, estrecha la cintura y las piernas de largos y perfectos muslos, desnudos, y los pies chiquitos calzados con zapatos de alto tacón.

—Cuando termine con su examen, *monsieur*, espero que le diga a la *petite* Nicole qué es lo que busca aquí.

Baxter retrocedió un paso, miró una vez más el número del apartamento y la enfrentó abiertamente.

—Las francesas tienen siempre mucho que ver, sobre todo para los ojos de un extranjero —dijo, y ella le sonrió—. No obstante, no es a usted a quién busco. Tenía una cita y...

Ella y su combinación ya se estaban apartando de la puerta.

—Pase si quiere —y Baxter cruzó el umbral cerrando a su espalda—. Pero aquí.

El living.

Se enfrentaron allí, y mientras se observaban recíprocamente, transcurrieron unos segundos de silencio que Nicole rompió.

—Francesa o no —dijo—, ¿quiere dejar de mirarme de ese modo?

—Me gusta usted —dijo Baxter, expresando la verdad de lo que sentía en aquel momento—, y vestida de ese modo aún más.

—Sí, es eso lo que estoy empezando a sospechar —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Quiere decirme a quién busca? ¿A Mireille? La cita era con ella, ¿verdad? Pero siéntese, por favor.

Le indicaba con un gesto uno de los sillones y Baxter se dejó caer en él justo cuando Nicole hacía lo propio en el otro, frente a él.

—Sí, así es —replicó.

—La *petite* no ha venido —respondió ella—, y es extraño. Jamás faltó a una cita.

Baxter no respondió a aquello.

Pensaba velozmente.

Hasta que contestó:

—Y a todo esto, *mademoiselle*, aún no me ha dicho quién es usted y qué hace en este apartamento vestida de ese modo.

Nicole sonrió.

—El apartamento es mío, *monsieur*, ¿comprende? Mireille y yo vivimos juntas desde hace más de dos años.

Aquello podía ser verdad como no serlo, pero por el momento Baxter no tuvo nada que objetar al respecto.

Sencillamente se limitó a preguntar:

—¿Puedo esperarla?

—¿En mi compañía?

Baxter la miró fijamente.

—¿Y por qué no? —preguntó a su vez—. De este modo la espera se me hará mucho más corta, y si es lo que desea, mademoi...

—Llámeme Nicole, ¿quiere?

—De acuerdo, Nicole —respondió Baxter—. Y ahora una pregunta, ¿a qué hora vuelve al trabajo?

—¿Quién? ¿Mireille?

—Sí.

—Por la noche.

Se puso en pie y una vez más el federal admiró su innata belleza apenas cubierta por la combinación.

—Usted es americano, ¿verdad?

La pregunta no entrañaba nada raro por lo que contestó:

—Sí, claro.

Ella le miró pensativa.

—¿De Texas?

Baxter se envaró.

—No —respondió lentamente mirándose en sus ojos pardos, ahora brillantes como estrellas—. Nada de eso.

—Entonces es de Kansas. Todos los americanos, o son de Texas o de Kansas —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Qué le sirvo, místico...? ¿Una copa de *bourbon*?

Baxter relajó los músculos cuando respondió:

—Prefiero un *whisky*, Nicole. Y si puede ser, escocés.

—Tendrá que conformarse con otra clase de *whisky*, *mon amour*. Y ahora, si se pone en pie y besa a la petite Nicole, el resto será perfecto.

Perdió unos segundos en asimilar sus últimas palabras y cuando fue a intentarlo se encontró con que ella se estaba inclinando sobre él después de colocar sus manos en ambos brazos del sillón, ofreciéndole los labios.

Baxter la prendió por la cintura y ella no protestó ni una sola vez ante la caricia de sus manos y sus labios, hasta que se separó sonriendo.

—Voy a traerle ese *whisky* —dijo.

Baxter no respondió.

Se estaba preguntando cuántas sorpresas más, tan agradables como aquéllas, tendría el servicio de contraespionaje americano antes de que terminara todo aquello, y se respondió a sí mismo que no lo sabía.

La llegada de Nicole, con dos altos vasos más que mediados de licor, con un par de cubitos de hielo en cada uno, interrumpióle.

Le dio uno, sin dejar de sonreír.

Bebieron un poco y al terminar, Nicole preguntó:

—¿Sorprendido?

—Sí, confieso que sí, pero me agradan sorpresas como ésta.

Nicole se echó a reír.

—Puede quedarse aquí hasta la noche si lo desea, Alf —dijo llamándole por su nombre, lo que demostraba palpablemente que estaba enterada de su identidad.

—¿Y después?

—Abandonaremos el apartamento por separado, *mon amour*.

Baxter bebió otro poco.

—¿Y Mireille? —preguntó al terminar.

El bello rostro que tenía delante se nubló.

—No sé qué habrá podido ocurrirle, *mon cherí* —contestó—. Nunca tardó tanto.

—¿Qué sabe ella de todo esto?

—Nada. Es... un simple enlace. Cobra por escuchar a los clientes y por contármelo todo. Ciertamente pertenece al servicio de contraespionaje, pero del asunto del «micropunto» no sabe una sola palabra —hizo una breve pausa y añadió—: Su misión, por el momento, era tomar contacto contigo en la barra del bar, como así fue, dándote la cita para que vinieras, y nada más. A eso se reducía todo su trabajo.

—¿Crees que habrá podido ocurrirle algo?

Nicole bebió un poco y respondió:

—Con nosotros nunca se sabe, Alf, ¿comprendes?

Y el

G-Men

se dio cuenta de que ella le estaba tuteando por lo que respondió del mismo modo; y con una pregunta:

—¿Qué sabes de «Guantes Negros»?

—Lo que todos nosotros, Alf. Todo, y en concreto nada.

Baxter sopesó la siguiente pregunta antes de formularla:

—Y de un hombre rubio... —Poco a poco le dio la descripción que Olga le diera a su vez por teléfono, y terminó diciendo—: Al parecer se trata de un ruso que está en buenas relaciones con los medios que sirven, entre otras cosas, para forzar las puertas ajenas. ¿Le conoces?

—Sí, le he visto una o dos veces.

—¿Qué sabes de él?

—Sencillamente que es ruso y que se llama Serge Ivanoff.

—¿Nada más?

—No, nada más.

—¿Sospechoso...?

—¿Qué ruso y americano no lo son, sobre todo en este tiempo, Alf? Todos los que emplean pasaporte turístico o diplomático, *mon cherí*.

—Si te oye el embajador de los...

—¿A qué hora saldremos de aquí?

Baxter pensó en Olga y se encogió levemente de hombros.

—La verdad es que no lo sé —dijo—. Antes tengo...

—La *petite* alemana recibirá instrucciones dentro de poco, *mon amour*, ¿comprendes? Ella sabrá en todo momento lo que debe hacer.

Baxter no respondió de momento.

Se limitó a tomar el vaso, a apurar el resto del *whisky* de un solo trago y sólo entonces contestó:

—Es curioso, Nicole.

La francesa levantó una ceja.

—¿Qué es lo que ves de curioso en todo esto, G-Men?

El agente federal la miró pensativamente.

—Todo. Por ejemplo, una casa en la que esta noche no debe de haber nadie. ¿No es así?

Nicole asintió en silencio, cambió de postura y la combinación se abrió a ambos lados de sus magníficas piernas y Baxter notó que le apretaba el nudo de la corbata.

Se le aflojó un poco antes de añadir:

—Al parecer un testamento con un punto, una letra, una coma... y ahí está todo. Ahora bien, ¿qué ocurrirá si entra alguien cuándo me encuentre jugando con los discos de la caja fuerte, *ma chérie*?

La sonrisa de Nicole se amplió.

—No habrá sorpresas, Alf.

—¿No...? ¿Por qué?

—Porque está todo previsto.

La risa de ella le cortó, y a continuación sus palabras:

—Eso no es una razón.

—En este juego, mortal la mayoría de las veces, no se pueden cometer errores. No te sorprenderán. Puedes estar seguro de que nadie va a acercarse a la casa.

—De acuerdo. Ahora queda Olga y una rubia.

—¿Otra rubia?

—No sé cómo se llama y sólo la he visto una vez. Ese ruso forzó la puerta de la *suite* que ocupa en el hotel, muy cerca de la mía.

Nicole le miró pensativamente.

—Creo que ya sé de quién se trata, *mon amour*.

—¿Sí...?

—Está del otro lado, ¿comprendes? Por lo menos eso es lo que sospechamos los del C.I.A.

—Muy inteligente, ¿verdad?

—¿Quiénes, los del C.I.A.?

—Sí, claro.

—Pues cierto que sí. Mucho más que los del F.B.I. Nosotros siempre os tenemos que sacar las castañas del fuego, ¿no?

Baxter sonrió y se puso en pie.

—Voy a darme una vuelta por el hotel —dijo un segundo antes de dar media vuelta para acercarse a la puerta de salida.

Pero cuando llegó, Nicole ya se encontraba a su lado.

Le prendió por un brazo, le hizo girar en redondo por lo que los dos, rozándose, quedaron frente a frente.

—Vas a quedarte un poco más, *mon cherié*, ¿comprendes?

Las manos de Baxter ya estaban sobre su cintura cuando respondió:

—Nada de eso, Nicole. Debo ir al hotel.

—No por ahora. La *petiie* Nicole no lo desea... hasta la noche. Hasta que dé comienzo la última parte de este tinglado. Ahora, americano, vas a quedarte aquí, con ella.

Se empinó sobre las punteras de sus zapatos de alto tacón y al besarla, Baxter se dijo que no merecía la pena protestar y mucho menos luchar contra ella.

Y no lo hizo.

De los dos, fue ella la que primero rompió el silencio.

—Eso no es nada más que un sucio chantaje.

El ruso se acercó un poco.

—¡Pues claro que sí, querida! —afirmó fríamente—. Y ahora que estamos de acuerdo en ese punto, ¿qué responde?

Ella le miró fijamente por espacio de unos segundos, y luego desvió los ojos hacia otro lado.

Respondió sin mirarle:

—Deme media hora, ¿quiere? Antes de ese tiempo no podré contestarle.

—¿Dónde la veré?

Ella señaló su pasaporte que aún continuaba sobre el mostrador, al lado de la vacía copa, y contestó:

—En la *suite* de donde tomó esto.

Ivanoff se acercó un poco más y se detuvo cuando las rodillas de

la rubia rozaron sus piernas.

—Deseche la idea de una trampa, preciosa —dijo—. El precio podría aumentar en un cincuenta por ciento.

Los ojos de ella brillaron.

—No habrá trampa, querido.

Saltó del taburete al suelo, pasó por el lado de Ivanoff sin mirarle, y el ruso la siguió con la mirada hasta que la vio entrar en uno de los ascensores.

Entonces desvió los ojos y lanzó una mirada a su alrededor.

Buscaba a Olga Strasser mientras que la otra rubia abandonaba la caja mecánica al llegar al piso correspondiente a la *suite* que ocupaba.

Rápidamente, pero no sin antes haber mirado a ambos lados del pasillo, se acercó a la puerta y abrió.

Cruzó el umbral, cerró a su espalda, con llave, pasó el cerrojo de seguridad y del mismo modo se acercó al sofá donde, se dejó caer.

Allí vaciló, pero fue muy poco.

Segundos nada más, y entonces levantó una pierna, la izquierda, se quitó el zapato, desenroscó el tacón y con éste en la mano miró alrededor.

Nadie, estaba sola, completamente sola. Entonces, ¿a qué ese instintivo temor a lo desconocido?

Sacudió la cabeza, forzó una sonrisa y con el tacón del zapato a la altura de sus labios empezó a transmitir:

—Venus llamando a Apolo... —empezó—. Venus llamando a Apolo... Conteste, Apolo. Cambio...

Ni el más leve zumbido, ni la más leve interferencia.

Nada de eso; la voz de cualquiera sabía qué punto de París, le llegó clara y diáfana al oído.

—Apolo a la escucha. Informe...

Por espacio de varios minutos, ella estuvo transmitiendo toda la conversación sostenida con Ivanoff y al final añadió:

—Espero instrucciones. Cambio.

—Recíbalos y ofrézcale esos cien mil dólares. Y sobre todo, procure que hable. Ya sabe lo que debe hacer en un caso como éste.

Sí, lo sabía, no debía ni podía reparar en medios. Tenía que darle al ruso lo que deseara y luego, al final... Bueno, no había nada más que un final. El mismo que recibiera aquella francesa.

Mireille Dupré.

Ahora... ni ella misma sabía dónde habría ido a parar su hermoso cuerpo que ya no lo era tanto después de la brutal paliza recibida.

Divagaba.

—¿Y si no habla? —preguntó.

—Tiene tiempo para avisar a Zarcoff con objeto que esté a su lado en el momento oportuno. Pero no le llame hasta que no haya más remedio, ¿comprende? Usted es una mujer muy hermosa y ese ruso un hombre. Cambio.

—¿Algo más?

—Nada más hasta dentro de dos horas en que deberá rendir el informe. Cambio y fuera.

Cerró el transmisor-receptor de radio, colocó el tacón en su sitio, se lo calzó, consultó el reloj, y entonces se dijo que dentro de diez minutos recibiría la visita de aquel ruso.

Fue entonces cuando se puso en pie, tomó el teléfono y durante un par de ellos o tres se limitó a dar algunas órdenes y al terminar se preparó un *whisky* y con el vaso en la mano fue a la puerta, descorrió los cerrojos, hizo girar la llave en sentido inverso y fue a sentarse en el sofá.

Se miró las piernas.

Eran preciosas y por tanto un atractivo más para entretener al ruso.

Uno más de los muchos que tenía sobre sí misma.

Bebió un poco.

Al terminar consultó el reloj y a continuación fijó sus ojos en la puerta... dos, tres, cuatro, cinco segundos, y oyó la llamada efectuada con los nudillos.

Sin soltar el vaso se acercó y abrió.

Desde el otro lado del umbral el ruso la sonreía.

Se apartó a un lado, el moscovita cruzó el umbral y ella, silenciosamente, le indicó que la siguiera y luego que se sentara en uno de los sillones, pero Ivanoff no lo hizo.

Sólo la miraba, por lo que la rubia tomó asiento en uno de los sillones y cabalgó una pierna sobre la otra.

—Siéntese, ¿quiere?

Ivanoff no lo hizo.

Se acercó a ella y se inclinó.

—Me llamo Serge, querida —dijo—, y creo que vamos a ser muy buenos amigos.

Ella no le rechazó cuando se inclinó aún más y la besó en los labios, sino que ciñó los brazos en torno a su cuello y durante un par o tres de minutos se dejó llevar entre los del ruso hasta que se separó de ellos violentamente sofocada.

—Y ahora, Serge —dijo—, ¿qué hay de esos planes?

El ruso se volvió de espaldas, fue hasta el sillón que, ella le indicara al entrar y se sentó:

—Estoy esperando tu respuesta, muchacha —la tuteó—. Veamos, ¿cuál es tu oferta?

Laura Green le miró largamente, bebió un poco sin dejar de observarle por encima del borde del cristal del vaso y acto seguido replicó:

—No tengo esa cantidad en este momento, y tú deberías saberlo.

—Sí, claro, es lo que esperaba que dijeras —hizo una ligera pausa y añadió—: ¿Qué es lo que propones?

—Por el momento yo misma —respondió con aterradora frialdad.

Ivanoff sonrió.

—No es eso lo que deseo ahora, querida —dijo con no menos frialdad que ella—. Mi precio son cien de los grandes como ya te dije. Y vas a tener que darte mucha prisa. El asunto se llevará a efecto esta misma noche —se puso en pie y Laura le miró con asombro, y entonces añadió—: Me encontrarás en el bar si me necesitas para algo.

—Pero...

—No hay más. Una hora. Sesenta minutos y tan pronto como anochezca pondré toda la información en manos de la policía francesa.

Laura se puso en pie.

—¿Y qué cuernos vas a conseguir con eso? Nada, porque yo también hablaré. Les diré que te pregunten cómo estás tan bien enterado de todo y...

La risa silenciosa y sin matices de Serge Ivanoff la interrumpió.

—Querida —dijo—, tú no harás nada de eso, por la sencilla razón de que no tendrás frente a ti a una persona a quién señalar,

¿comprendes? Para dentro de una hora yo ya no me encontraré en el hotel, ni quizá en París...

—Entonces...

—¡Ah! Te refieres a quién... Será un intermediario. Ya lo verás a su debido tiempo. O quizá no le veas... hasta que no oigas su voz por teléfono. Si para entonces tienes esos dólares, comunícaselo y a cambio de ellos recibirás toda la información que precises para reventarles el plan a los del servicio de contraespionaje americano... además de que recibirás una lista completa de todos los miembros del C.I.A. y del F.B.I. que hay en París.

—Ese Baxter... ¿Es «Guantes Negros»?

El ruso se echó a reír.

—Nada de eso, querida. Es... sencillamente un agente especial del F.B.I., con una misión que cumplir.

—¿Respecto a ese «micropunto»...?

—Por un par de besos, querida, ya te di bastante información.

Y Laura se mordió los labios de despecho, pero no pronunció una sola palabra.

Se limitó a observar cómo Ivanoff se acercaba a la puerta de salida y cómo se volvía a mirarla ya con la mano en el tirador de la misma.

—Espero que no nos volvamos a ver... si tardas mucho en... Bueno, querida, creo que será mucho mejor que te pongas en contacto con alguno de los tuyos, por radio o por otro medio cualquiera y les digas que tus artes de seducción fracasaron conmigo. Que a mí, sólo me sirven las mujeres como tú para que me ayuden a vivir con sus dólares y nunca con sus caricias.

Salió sin que Laura Green pronunciara una palabra, pero habiendo firmado su propia sentencia de muerte y no por lo que sabía, sino por lo que acababa de decirle a ella.

Como mujer, no se lo perdonaría nunca.

Pero Ivanoff no lo sabía y por tanto, sin preocuparse ni poco ni mucho, abandonó la *suite*, pensando que un trago en el bar no le vendría mal del todo.

Dirigió sus pasos hacia allí, pero no llegó porque antes la vio venir en sentido inverso y se detuvo justo en el momento en que ella le veía a su vez.

—¡Vaya! —exclamó—. El ruso entrometido.

Ivanoff se acercó y le ofreció el brazo.

—¿Dónde la llevo? —preguntó.

—¿Para hacer qué?

—El amor, tomar unas copas, hablar de espías y sobre todo de Alf Baxter. Ese tipo del F.B.I.

Olga Strasser se le colgó del brazo con entera desfachatez.

—Podemos entrar en mis habitaciones —dijo sencillamente—, si me promete comportarse como un caballero.

—Pequeña —dijo el ruso seriamente—, me temo que eso no va a poder ser.

Con lo que Olga Strasser se echó a reír alegremente unos segundos antes de abrir la puerta que daba acceso a la *suite* que ocupaba en el hotel Petit Parisiën.

CAPÍTULO IV

Cerró a espaldas de los dos, se desprendió de su brazo.

Ivanoff se inclinó un poco y la besó suavemente.

—¿Qué intenta? —preguntó tan pronto como lo hubo hecho.

Olga le dedicó una suave sonrisa.

—Cierto que sí, querido —dijo—. Me gusta esa altiva cabeza.

Ivanoff la miró boquiabierto.

—No me diga que se enamoró de eso que tengo sobre los hombros, Olga.

—¿Y por qué no? ¿Qué de malo hay en ello... como no sean las ideas que hay dentro? Vamos, termine de entrar y siéntese donde quiera.

Haciendo lo que le pedía, Ivanoff preguntó:

—¿Qué hay de esas ideas?

—¿De las tuyas o de las mías?

—Estábamos hablando de mi cabeza, ¿no?

—Sí, cierto. Se me olvidó.

—Y ahora que lo recuerdo, ¿qué hay de esas ideas? O mejor dicho, ¿qué pasa con mis ideas, querida?

—¡Que no me gustan! Sobre todo las que tiene respecto a ese americano.

—¡Diablos, pues es verdad! —señaló con todo descaro sus piernas y añadió—: La verdad es que mirando cosas como éstas, uno se olvida de todo.

—¿Sí...? —Y agregó antes de que él pudiera interrumpirla—. ¿Desea una copa?

El ruso arqueó una ceja.

—Sí, si me dice dónde están los licores y me deja que sea yo el que prepare las bebidas.

—¿Y eso por qué? Pero ¿es que no se fía de mí?

Ivanoff le mostró sus dientes de lobo en una sonrisa.

—El que yo desee encontrarme aquí o en cualquier parte a solas con usted no quiere decir que le tenga confianza, querida. Ni poca ni mucha. Exactamente lo mismo que le ocurre a usted conmigo.

—Eso es hablar claro —le dedicó una nueva sonrisa y añadió—: ¿Qué le parece si vamos los dos juntos hacia el armario de los licores y a la vista de los dos preparamos algo para beber?

Ivanoff la miró suspicaz quizá preguntándose dónde estaba la trampa, pregunta que posiblemente también se estaba haciendo Olga.

No la vio por lo que respondió:

—De acuerdo, pequeña, usted muestra el camino.

Cinco minutos más tarde ambos estaban sentados en sendos sillones, el uno frente al otro con sendos vasos de *whisky* en las manos, observándose recíprocamente sin atreverse a interrumpirse.

Hasta que lo hizo la propia Olga.

—Bien, querido, ya nos encontramos solos.

Ivanoff soltó el vaso y dijo:

—Hablemos de nuestros asuntos, querida, ¿comprende? Pero antes de empezar, deseo que me diga dónde puedo encontrar a ese federal.

—¿Quién le dijo que era un G-Men?

Ivanoff contestó con otra pregunta:

—Pero ¿no es así?

—No intimamos lo suficiente para que me contara sus secretos, ¿comprende?

—No.

—¿No...? ¿Qué?

—Eso de que no intimaran, y más con una mujer con esas piernas...

—Déjeme en paz y conteste, ¿quién le dijo...?

Ivanoff la interrumpió, y en contraste con su actitud anterior, ahora su semblante se le mostró serio, incluso hosco, cuando preguntó:

—¿Dónde puedo verle, querida? Es importante que lo haga antes de la noche.

Olga levantó una de sus cejas rubias y le miró.

—¿Cómo quiere que lo sepa? —preguntó a su vez.

Ivanoff se puso en pie soltando el vaso y Olga le miró con asombro, no fingido esta vez.

—No me diga que se marcha ahora, ¿verdad?

El ruso le mostró sus dientes de lobo en una sonrisa que no tuvo nada de cordial.

—Escuche de una vez por todas, Olga Strasser —dijo—, si no encuentro a Baxter antes de la noche va a meterse en el mayor lío de su vida, ¿comprende? Esa casa... Bueno, no hace falta que entre en explicaciones porque usted ya sabe a lo que me refiero. Un «micropunto» en el interior del testamento de un loco y quizá Baxter y su placa se vayan al infierno esta misma noche. Vamos, conteste, ¿dónde diablos puedo verle?

—Tal vez con cualquier francesa. Dicen que las mujeres parisinas, además de elegantes, son preciosas... en todos los aspectos.

Ivanoff se acercó un poco, se inclinó sobre ella y de un modo repentino la prendió por los hombros.

Olga notó sus dedos, que le hacían daño, pero no protestó ni pronunció una sola palabra por lo que él añadió:

—Puede que no sepa dónde se encuentra en este momento, o puede que sí, preciosa —dijo—, pero si algo sale mal esta noche, la mataré a usted.

La soltó.

De un modo instintivo, Olga se acarició los hombros sin dejar de mirarle.

—Le dije la verdad, querido —adujo con perfecta calma—, no lo sé, pero de no ser así, tampoco se lo diría. Y ahora, de media vuelta y salga de mis habitaciones. Me dijeron cuando era niña que los rusos lo estropeaban todo y ahora veo que es verdad.

Ivanoff no contestó hasta que no se encontró en la puerta.

—¿De verdad le dijeron eso, querida? Pues la engañaron. Si hubiera vivido en los tiempos de Adán y Eva, sabría que Adán era ruso y Eva alemana. Ahora pregunto, ¿desde entonces hasta la fecha, quién diablos es el que lo estropea todo?

Olga no contestó.

No podía, muda momentáneamente, por las palabras finales de Ivanoff.

Cuando reaccionó, el ruso ya no se encontraba en el interior de

la *suite* y sí camino del ascensor.

Descendió hasta la planta baja con el pensamiento puesto en Laura Greene, cruzó el *hall* sin ver nada sospechoso y se encaminó al bar.

Pidió un *whisky* y mientras el barman se lo servía preguntó:

—Y mademoiseile Dupré, ¿no ha venido esta tarde?

—No, *monsieur*.

—¿Sabe si lo hará?

—No. No dejó ningún recado ni ha telefoneado.

Ivanoff dio las gracias y tomó el vaso.

Empezó a beber mientras extrañas ideas se iban apoderando del interior de su cerebro.

El coche, un «Lancia» deportivo, se mantenía a la espera.

En su interior, con la pequeña emisora receptora de radio en la mano, Ivan Zarcoff esperaba la respuesta que se tradujo en una nueva pregunta:

—¿Todavía no ha salido?

—No, aún no. ¿Qué hacemos con la francesa?

Hubo unos segundos de silencio a través de las ondas del éter y la misma voz, harto conocida de Zarcoff, respondió:

—Por el momento, dejarla —dijo—. Me interesan mucho más los movimientos de ese Baxter. Cambio.

Zarcoff tardó sus buenos cinco segundos en contestar, que empleó para escudriñar la calle a través de una de las ventanillas y luego por el retrovisor.

—¿Le detenemos, o nos limitamos a seguirle? Cambio.

Un nuevo silencio, éste más largo que los anteriores, como si el comunicante estuviera pensando la respuesta que tenía que dar, y que se rompió de un modo repentino:

—Sígale y no le pierdan de vista. Como sospecho, después de ver a la francesa, se dirigirá al hotel en busca de Olga Strasser. Sólo entonces quiero que intervengan. Sin rastros, ¿comprenden? Cambio y fuera.

Zarcoff plegó el paquete de cigarrillos, miró a su acompañante y preguntó:

—Lo has oído, ¿verdad?

—Sí, y no me gusta.

El ruso-polaco levantó una ceja.

—¿Por qué? —preguntó.

—No me gusta hacer una cosa como esa dentro del hotel, Ivan.

—No lo haremos allí.

—¿No...?

—No, ni mucho menos.

Callaron para observar la calle y más que aquélla en sí la puerta que daba acceso al interior del edificio donde Nicole St. Denis tenía su apartamento.

Los minutos largos y pesados, silenciosos, empezaron a transcurrir en el interior del «Lancia» hasta que de un modo repentino Zarcoff lo rompió:

—Estoy empezando a perder los nervios con esta espera. Diablos, ¿no sería mucho mejor entrar ahí dentro y sacarles a los dos?

El otro denegó con la cabeza.

—Y con eso perderíamos a la alemana del hotel, y eso es lo que nos interesa por el momento... y casi tanto como ese agente americano.

Zarcoff no respondió.

Enmarcado en el umbral de la puerta, con el cigarrillo en los labios, Baxter examinaba la calle en ambos sentidos.

Luego empezó a cruzar en dirección donde quedara estacionado el «Mercedes» y en el interior del «Lancia», frente al volante, Zarcoff se preparó.

—Ahí le tenemos —dijo—. Prepárate.

—Y tú no le pierdas de vista.

—No le perderé. Puedes apostar lo que quieras a que será así.

Su secuaz no respondió.

Frente a ellos, el «Mercedes» se estaba despegando del bordillo de la acera y Zarcoff empezó a maniobrar hábilmente para salir en su persecución justo cuando otro coche hacia su aparición viniendo de la próxima bocacalle.

Un coche que se detuvo frente a la puerta que Baxter acababa de abandonar.

En su interior, Laura Green clavó los ojos en los dos coches que se alejaban de allí ganando velocidad por momentos y tan pronto como les perdió de vista en dirección a la estación del Este

abandonó el suyo, cruzó la acera y entró en el portal.

Empezó a subir lentamente y ya en el pasillo buscó la puerta correspondiente al apartamento de Nicole.

No vaciló.

Levantó la mano y hundió el dedo pulgar en el blanco botón del zumbador.

En el interior del *living*, pensando en que a pesar de todos los pesares no había podido retener a Baxter a su lado durante todo el resto de la tarde, desvió los ojos hacia la puerta un tanto sobresaltada cuando el timbre repiqueteó en forma ensordecedora, según juzgó por sí misma.

Se puso en pie con la mano en el interior de los senos, acariciando la culata de la pequeña automática y se dispuso a abrir mientras que frente al volante del «Mercedes», Baxter pensaba en Mireille Dupré, y sus pensamientos no le gustaban en modo alguno.

Detrás, siempre a la misma distancia, Zarcoff escuchaba una nueva recomendación de su acompañante:

—Procura que no se escape, Ivan. Tal y como está las cosas nos puede costar el pellejo.

El ruso-polaco se limitó a soltar una maldición y a continuar conduciendo detrás del «Mercedes».

Diez, quince minutos, y Zarcoff soltó una exclamación:

—¡Cuernos! —estalló—, ¿puedes decirme adonde demonios va?

El otro soltó una risita que alteró los nervios de Ivan Zarcoff.

—O me equivoco de mucho —respondió lentamente—, o se dirige hacia la plaza de Stalingrado.

—¿Allí...? ¿Para qué?

El otro volvió a reír.

—¿Por qué no adelantas, le detenemos y se lo preguntamos?

Zarcoff no respondió.

Se limitó a continuar conduciendo en silencio en tanto que por delante suyo el «Mercedes» de Baxter entraba en la plaza.

Dio casi una completa vuelta a la misma y, finalmente, se detuvo junto al bordillo.

El «Lancia» hizo lo propio cincuenta yardas más atrás.

—¿Qué hace ahora?

La pregunta era estúpida porque Zarcoff pudo verlo perfectamente.

Baxter estaba abandonando el «Mercedes» y luego, muy lentamente, con el cigarrillo en los labios, empezó a andar hacia los jardines, se adentró en ellos, buscando un banco en el que sentarse.

Pero un banco especial.

El único que daba frente a la casa donde aquella noche tenía que actuar.

La casa de un embajador.

Polonia y un «micropunto», dentro de un testamento.

Era obtuso si se quiere pero no menos real.

Baxter se acercó al banco y tomó asiento.

Fumó pensativamente.

«Guantes Negros».

¿Quién era; Olga Strasser?

Se encogió de hombros y al hacerlo recordó a Nicole cuyos brazos había dejado no hacía mucho.

La francesa le pertenecía ahora, y aún así no se fiaba. Ni de ella ni de la alemana.

No le gustaban las mujeres en un caso como aquél.

Y un ruso y una rubia, que ocupaba la *suite* contigua a la suya, la desaparición de Mireille Dupré, o por lo menos aún no se sabía nada de ella... y el ruso forzando la puerta de la rubia.

¿Por y para qué?

No lo comprendía.

Nicole afirmaba que la rubia estaba del otro lado lo que era muy posible; casi tan posible como que su total entrega pudo ser con el solo fin de hacerle perder tiempo o en su defecto tratar de sonsacarle información entre caricias y besos.

Pero, en realidad, ¿lo había intentado?

Ciertamente sí, si tenía en cuenta la conversación sostenida durante el tiempo en que la tuvo entre sus brazos.

No hablaron de otra cosa, del «micropunto», de la posible identidad de «Guantes Negros», de aquel artículo que llevaba Olga Strasser, y también negros.

¿Coincidencia?

Podía ser, pero Baxter se resistía a creerlo.

No obstante los contactos habían sido perfectos pero también podía haber una falla, una fuga en alguna parte que puso al enemigo en posesión de algunos secretos que muy bien podían

costarle la vida a él y las que marchaban acordes con él.

¿Mireille Dupré?

Le chocaba aquella desaparición.

¿Agente doble, o sencillamente había muerto asesinada por aquellos que...? Pero si era así, ¿dónde diablos se encontraba su cadáver? ¿En el fondo del Sena?

Baxter dejó de pensar y clavó los ojos en la casa que tenía delante de sí mismo. Aquella noche, dentro de una horas, todo habría terminado.

¿Cómo?

Aquella era una incógnita, Mireille, Nicole, Olga y él mismo... y un ruso cuya actuación no estaba muy clara, y a saber, la problemática identidad de «Guantes Negros».

«Guantes Negros» fue el que comunicó a Washington el asunto del «micropunto» y lo que se proponían los rusos.

Un «micropunto» que no debía caer en manos enemigas por varias razones.

No deseaba pensar pero volvía una y otra vez el tema mientras escudriñaba la fachada de la casa, sus ventanas, y los lugares donde posiblemente estuvieran los timbres de alarma y, por primera vez desde que llegara a París, se preguntó si no habría guardas armados por la noche.

La casa de un embajador que iba a una fiesta. A la ópera según creyó entender aunque no estaba seguro.

Por otra parte aquel detalle no importaba en absoluto; lo interesante era que estuviera completamente vacía por unas horas.

Con los enemigos acechando entre las sombras.

Al pensar así, Baxter estuvo a punto de sonreír.

Fue entonces cuando se puso en pie, lanzó la punta del cigarrillo al suelo, la aplastó con el tacón del zapato y lentamente se acercó a la casa, a su puerta principal y del mismo modo empezó a rodearla lo que le llevó más de veinte minutos antes de que de nuevo se encontrara en el punto de partida.

Una vez allí, Baxter encendió un nuevo cigarrillo y pausadamente se encaminó al «Mercedes» cuya portezuela abrió a continuación.

Una vez más frente al volante empezó a conducir buscando la salida de la plaza de Stalingrado por el bulevar de la Villette hacia el de Chapelle.

Detrás suyo, el «Lancia» conducido por Zarcoff, continuaba en su seguimiento en tanto que el ruso-polaco se hacía infinidad de conjeturas sobre la actuación del agente federal que al parecer no se había dado cuenta de que era seguido.

El bulevar de la Chapelle.

Baxter miró una vez más a través del espejo retrovisor y poco a poco fue disminuyendo la velocidad hasta que detuvo el coche frente a uno de los elegantes bares del *boulevard*.

Zarcoff empezó a pisar el freno y detuvo el «Lancia» a menos de sesenta yardas del «Mercedes».

—¿Dónde diablos va a ahora?

Su acompañante soltó una risita.

—El americano desea una copa —dijo.

Zarcoff no respondió, introdujo la mano en la guanara, sacó un paquete de cigarrillos, le ofreció uno al otro y ambos los encendieron.

—Tendremos que esperar —adujo dispuesto a cargarse de paciencia.

Que duró bastante.

Cerca de sesenta minutos al cabo de los cuales, impaciente, miró a su acompañante.

—Para tomar una copa, creo que está tardando demasiado, ¿no?

El otro se encogió de hombros y respondió.

—Tal vez en la barra tropezó con una minifalda llevando dentro a una de esas francesas, ¿no?

—Sí, tal vez.

Pero Zarcoff pensaba en otra cosa por lo que sin más, abrió la portezuela del «Lancia».

—¡Eh! ¿Adónde vas?

Se volvió a mirarle.

Su semblante era más adusto que nunca y en sus ojos había hielo.

—A dar una vuelta. Yo también deseo una copa —respondió—, y se da el caso, entre otras cosas, que el americano no me conoce.

—El coche esta ahí, delante de nuestras narices. ¿O es que no lo has visto?

Zarcoff dio la callada por respuesta.

Descendió del coche y llevando una idea en el interior de su

mente cruzó la acera y entró en el bar.

Varias muchachas, un par o tres de hombres, tres barmans en la barra, pero no había rastro del americano.

Zarcoff hizo una mueca'y avanzó hacia las dos cabinas telefónicas.

Vacías.

Buscó los lavabos y entró.

Alf Baxter se había evaporado en el aire. Por lo menos ésa era la impresión que Zarcoff experimentaba sabiendo: que no era posible, que tenía que haber una explicación lógica.

Tres minutos más tarde, el ruso-polaco daba con ella al ver la puerta que conducía a la parte trasera.

Una puerta que daba a la calle Château Landon.

Zarcoff salió por allí sabiendo de antemano que no iba a encontrarle, como así fue.

El americano se había burlado de ellos, y se preguntó desde cuándo sabía que le estaban siguiendo.

Quizá desde mucho antes de dirigirse a la plaza de Stalingrado y luego había abandonado el coche, frente a la puerta de aquel bar, salió por la parte posterior y tomó un taxi.

¿Para dirigirse dónde?

¿Al hotel?

Quizá sí o quizá no.

Mascullando una imprecación entre dientes, Zarcoff abandonó el bar y rápidamente se acercó al «Lancia».

Subió, y al sentarse frente al volante, su acompañante preguntó:

—¿Qué diablos ha ocurrido, Ivan?

Zarcoff maldijo un par de veces antes de contestar:

—El americano nos la plantó.

—¿Qué...?

—Ese bar tiene dos puertas, ¿comprendes? Nos dejó el coche aquí y se largó por el otro lado. Ahora... Bueno, nos ha hecho perder una hora y...

Se interrumpió y el otro formuló una nueva pregunta:

—¿Qué hacemos?

No le gustaba aquello pero no tenía más remedio que hacerlo.

—Voy a pedir nuevas instrucciones.

Tres, segundos más tarde empezaba a transmitir...

Abrió la puerta.

Ni el más leve gesto le demostró a Laura si la francesa se sentía sorprendida o no por su visita ni si la conocía o la recordaba de algo.

Sólo la vio arquear una de sus cejas morenas, en señal interrogativa.

—¿Sí...?

Laura Green sonrió.

—Es aquí donde vive Mireille Dupré, ¿verdad?

Nicole tardó varios segundos en contestar.

—Si —dijo—, es aquí, pero ella no está.

La sonrisa de Laura se hizo cauta.

—Sí, lo sé, así como también estoy enterada de que usted es amiga suya, de que ambas compartían este mismo apartamento. Usted es Nicole St. Denis, ¿no?

—Sí, así es... pero, usted dijo «compartían», ¿verdad? ¿Por qué?

Laura miró a ambos lados del pasillo.

—No sería mejor que habláramos dentro, querida.

Nicole se apartó de la puerta sin dejar de mirarla.

—Entre, por favor —dijo.

Un sueño de mujer a gusto de cualquier hombre —pensó mientras la precedía hasta el *living*—, pero había algo más.

Allí se enfrentaron, estudiándose recíprocamente, en silencio, como si después de las palabras pronunciadas en la puerta no se atrevieran a formular una más.

Hasta que de un modo repentino, Nicole alargó la mano y le ofreció uno de los sillones.

—Siéntese, *mademoiselle* —dijo—, y explíquese. ¿Qué le ocurrió a la *petite* Mireille?

Laura se sentó, cabalgó una pierna sobre la otra y Nicole se reafirmó en la idea que tenía de sus bellas extremidades.

—Sufrió un accidente, *mademoiselle* St. Denis —dijo.

—¿Grave...?

Laura desvió los ojos y los clavó insistentemente en un punto inconcreto de la pared que Nicole tenía a su espalda, y respondió sin mirarla.

—Sí, bastante.

—¿Muy grave? Eso quiere decir que...

Laura la miró.

Los ojos de la francesa la miraban sin parpadear, sin cambiar de expresión, como si la noticia de la muerte de su compañera de apartamento no la afectara para nada.

—Sí, murió —dijo—. Supe la noticia apenas hace una hora, y me vine para acá.

—¿Cómo la supo?

Laura esperaba aquella pregunta y sonrió al responder, mezclando la verdad con la mentira.

—Me hospedo en el Petit Parisién, por lo que no es extraño que la conociera *mademoiselle* St. Denis, ¿comprende? Y... lo estaban comentando en el bar.

—¿Quiénes lo comentaban?

—El personal del hotel, en la barra. Me encontraba allí tomando una copa de *bourbon* y pregunté. Un accidente de automóvil.

Nicole no contestó.

Se limitó a tomar asiento frente a ella y a esperar.

—¿Viene conmigo?

Nicole arqueó una ceja, se miró la combinación que aún llevaba puesta y contestó.

—Tendría que cambiarme, querida. De este modo, En la calle, los *gendarmes* me multarían —hizo una ligera pausa y preguntó—. ¿Adónde?

—Al depósito de cadáveres, querida. Ella se encuentra allí y como usted era su amiga...

Nicole no respondió de momento.

Pensaba, hasta que lo hizo al cabo de unos segundos de silencio:

—Creo que por el momento no voy a poder ir, *mademoiselle*...

—Green —respondió Laura—. Laura Green es mi nombre. Y... ¿Por qué no puede venir?

—Tengo una cita para dentro de media hora.

Laura arqueó una ceja preguntándose dónde estaba la verdad o la mentira en ella y se dijo que jamás lograría adivinarlo por lo que preguntó:

—¿Con un hombre?

—Cierto que sí. Y deseo estar a solas con él.

—Puede dejarle una nota, ¿no?

—No —sonrió—. Nicole le ama, ¿comprende? Y esta impaciente. El cadáver de Mireille —y Laura pudo darse cuenta de que al nombrarla su voz se volvía oscura— puede esperar. Cierto que voy a hacerme cargo de él pero más tarde. Ahora... no puedo.

Hubo una pausa que se le antojó desmesuradamente larga hasta que la propia Laura la rompió.

—Yo también tengo otra cita y con otro hombre, por tanto comprendo lo que siente, *mademoiselle* St. Denis.

Pero estaba pensando en Serge Ivanoff y en la hora que éste le diera de plazo y que ya estaba tocando a su fin.

—En ese caso...

—Puede ponerse una blusa y una falda sobre esa combinación y venir conmigo. Una nota y ese hombre puede esperar, ¿no?

—No esperará, *ma chérie*. Él es muy impaciente. Más que Nicole, ¿comprende? Mucho más. Si viene y no me ve aquí, irá en busca de otra y eso no agrada a Nicole.

Se puso en pie.

Era una despedida y al comprenderlo así, Laura la imitó.

—¿Cómo se llama ese hombre? —preguntó fríamente diciéndose que debía quitarse la careta de una vez por todas—. ¿Alf Baxter?

Nicole arqueó una ceja.

—¿Baxter...? ¿Baxter...? Se refiere a un americano, ¿verdad?

—Sí, así es.

—Pues no, no es él. Cierto que estuvo con Nicole no hace mucho, pero se fue poco antes de que usted llegara aquí. ¿Algo más?

—Una sencilla pregunta, querida, ¿puedo?

—Sí, claro. ¿Qué es ello?

—Ese Baxter, ¿sabe a qué se dedica?

—¿Alguna razón para preguntarlo además de la natural curiosidad femenina?

Laura sonrió.

—Bueno, se dicen muchas cosas de él en el hotel, *ma petite*, ¿comprende?

—No.

—Entre otras que es un agente del Gobierno de Estados Unidos, un espía... y otros que no deja de ser un simple turista. ¿Por cuál de ellas vota usted, Nicole?

La francesa le devolvió la sonrisa.

—A Nicole no le importa eso, *mademoiselle* —respondió—. Sólo que sea hombre y sepa amar.

—¿Y Baxter...?

—Es un sol, *ma chérie* —dijo volviéndose hacia la puerta que daba acceso a la salida, y ése fue su error.

Laura no vaciló, dio un paso hacia ella, levantó la mano y el golpe de judo alcanzó a Nicole en la nuca.

Ni siquiera se dio cuenta de aquello ni que el suelo acudía a su encuentro con rapidez infernal.

Laura miró alrededor y luego abrió el bolso, se inclinó, y extrajo una aguja hipodérmica.

A partir de entonces el resto fue fácil para ella.

CAPÍTULO V

—... Eso es todo. Cambio y fuera.

Olga cerró el transmisor de radio, puso el capuchón a la pluma estilográfica, la guardó dentro del bolso de rafia, sin moverse ni cambiar de postura y pensó en Serge Ivanoff.

Le gustaba el ruso casi tanto como el americano Baxter.

Pero era una desgracia que pertenecieran a bandos opuestos, o por lo menos eso es lo que sospechaba.

De no ser así, las cosas entre ella y el ruso Ivanoff hubieran ido mucho más lejos, y a decir verdad, lo deseaba.

Se puso en pie luego de lanzar las piernas hacia el techo, se acercó al pequeño armario empotrado en la pared opuesta, tomó una botella de *bourbon*, una copa que llenó hasta los bordes, se volvió cara a la puerta, la levantó y dijo:

—Por ti, querido Serge, y porque no tengamos que enfrentarnos nunca.

La apuró de un trago, colocó todas las cosas en su sitio, regresó al sofá, de debajo de uno de los cojines tocó una automática, los guantes negros que usaba casi a diario, guardó la automática bajo la minifalda, sujetándola al muslo derecho mediante una cinta adhesiva y con el bolso en banderola abandonó la *suite*, se acercó a la escalera y despreciando el ascensor empezó a descender hasta la planta baja.

En el *hall* vaciló por espacio de breves segundos y a continuación se acercó al *comptoir*.

Preguntó:

—¿Ha regresado míster Alf Baxter?

—No, *mademoiselle*. Por lo menos... —Se volvió para mirar el casillero y añadió mirándola de nuevo—. Puede que esté en sus habitaciones ya que la llave no se encuentra aquí —señaló el

teléfono—. ¿Si quiere llamarle...?

—No, gracias. Lo haré más tarde. No obstante, si baja, díglele que le espero en el bar.

Con aquello bastaba para que aquel agente del F.B.I., comprendiera el mensaje.

Un mensaje que no iba a gustarle ni poco ni mucho.

De nuevo dio las gracias, se alejó hacia la puerta que daba acceso al bar pero tan pronto como se dio cuenta de que el gerente del hotel había apartado los ojos de sus piernas, para fijarlos en otro lugar tanto o más interesante, se desvió de su camino y salió a la calle.

Ivanoff soltó el vaso y clavó los ojos en el espejo.

Minifalda y rubia cabellera.

Y todo aquello hacia la calle.

Dejó de pensar, tomó unas monedas, las depositó junto al vaso, saltó del taburete al suelo y abandonó el bar.

Cuando alcanzó la puerta sólo acertó a ver la pierna derecha de Olga Strasser, en su totalidad, cuando ella entró en un taxi.

No vaciló.

Serge Ivanoff se acercó a su coche, abrió la portezuela y empezó a seguirla cuando el automóvil que la conducía amenazaba con perderse de vista.

Un disco.

El rojo.

Ivanoff maldijo en ruso varias veces antes de tener el paso franco.

Entretanto, con los ojos cerrados, Olga pensaba.

Bajo las ruedas del taxi, la ancha avenida que era la calle de La Fayette empezaba a deslizarse hacia atrás después de haber dejado atrás infinidad de callejas cuyo nombre no merecía la pena recordar, en su camino hacia la plaza de Stalingrado.

Un lapsus de silencio...

—Plaza de Stalingrado, *mademoiselle*.

Olga abrió los ojos y miró a través de la ventanilla.

—Deténgase en el cruce con la Avenida J. Jaures —dijo.

El taxista obedeció en silencio, Olga pagó la carrera, añadió una propina que le hizo bizquear de asombro, abrió la portezuela y descendió.

A su espalda el taxi arrancaba.

Olga esperó cinco a seis segundos y lentamente empezó a atravesar el jardín recta hacia el banco donde no hacía mucho se sentara Alf Baxter.

Ella no lo hizo.

Permaneció allí, en pie, con el bolso en bandolera, como una bella estatua rubia, recortándose a contra luz con los árboles y las flores que había su espalda, formando un cuadro fascinante cuyo fondo eran aquellos mismos árboles y aquellas mismas flores, pero ni siquiera se dio cuenta de eso.

Toda su atención estaba centrada en la casa que tenía delante de sus ojos mientras que sus pensamientos volaban en distintas direcciones.

De repente toda su inmovilidad se rompió cuando levantó la mano izquierda para consultar el reloj de pulsera.

Treinta minutos.

Media hora aún para que empezara a anochecer y cuatro para que Baxter entrara en aquella casa con objeto de forzar la caja de caudales.

Miró sus guantes negros y sonrió.

El propio Baxter sospechaba de ella como el agente secreto que se hacía llamar de aquel modo.

El ruso Ivanoff, lo que pudo ser su amor de unas horas, también, e incluso aquella otra rubia.

¡Ah, sí! Laura Green.

Treinta minutos, sólo tres mil seiscientos segundos y todo habría terminado, o empezado.

Empezó a andar.

Un bar.

Olga entró caminando con paso elástico hacia el mostrador atrayendo sobre su figura todas las miradas masculinas y notando el peso reconfortante de la automática junto a uno de sus elásticos.

—¿Qué va a tomar, *mademoiselle*?

Miró al *barman*.

Le estaba sonriendo.

Devolvió la sonrisa pensando en Mireille Dupré y preguntándose lo que ya en cierta ocasión se preguntara Baxter respecto a la francesa del hotel Petit Parisién.

¿Había muerto?

Era lo más probable.

—*Whisky* —respondió—, con unos cubitos de hielo.

El barman se alejó y la dejó sola.

Treinta minutos que ya se habían reducido a veinte.

Empezó a beber.

Los dos besos de Serge, las preguntas de Serge y su amenaza final.

La buscaría en el hotel, Olga estaba segura de aquello, como de que unos segundos antes de salir le había visto en la barra tomando, quizá un *whisky*, lo mismo que ella estaba haciendo en aquel momento.

Fuera, en la calle, las primeras sombras de la noche empezaban a adueñarse de París.

En las calles empezaban a encenderse las luces de los anuncios luminosos de mil colores y las del alumbrado.

Olga Strasser terminó con el contenido del vaso, abonó la consumición y con el bolso sobre el hombro derecho abandonó el bar para salir a la calle.

Miró a su alrededor.

El alumbrado, los coches circulando en torno a la plaza de Stalingrado lugar donde se encontraba en aquel momento.

El jardín con sus árboles, con sus macizos de flores, con sus palomas, y quizá la muerte acechando en cualquiera de sus bien iluminados rincones, o dentro de aquella casa.

Por segunda vez en media hora, la alemana empezó a andar en dirección a la casa en sombras y lo mismo que Baxter hiciera, también la rodeó, pero al contrario que éste, ella sí se detuvo al alcanzar la parte posterior.

Una puerta.

Tal vez la entrada trasera, la que daba acceso a la leñera o... de todos modos, aunque fuera la de la leñera, Olga sospechaba que más adelante habría otra que conduciría directamente a la cocina.

Desde allí, alcanzar el interior de la vivienda era un juego de niños... aunque la salida ya no lo fuera tanto según sospechaba.

Se acercó para a continuación apoyarse en el marco como una persona que de un modo insospechado ha sufrido de repentino mareo, y desde allí miró alrededor.

Nada, sólo sombras y más allá las luces multicolores que hacían de París un ascua de oro.

Ni un *gendarme*, ni siquiera Serge Ivanoff.

Al ocurrírsele el pensamiento sonrió en la oscuridad del portal y a continuación se volvió cara a la puerta.

Guantes negros.

Se sacó el izquierdo y de su interior una lámina no más gruesa que un alfiler corriente pero bastante más larga, y dentada de modo inverosímil.

Quince segundos más tarde entraba en la casa.

La leñera como sospechó de un principio.

Olga buscó la otra puerta y repentinamente se encontró en la cocina.

Nada, sólo el silencio gravitando a su alrededor.

Escuchó.

Otra puerta.

Olga tropezó con ella casi al dar media docena de pasos, tanteando la pared que tenía a su derecha, y entonces se detuvo unos segundos y luego la empujó.

Oscuridad frente a ella y silencio.

Siempre aquel maldito silencio.

Olga abrió el bolso, tomó la estilográfica que ya una vez le sirviera para transmitir y recibir un mensaje, pero ahora no le quitó el capuchón; se limitó a volverla en sentido inverso al que se usa para escribir y a presionar en una de las anillas de blanco metal, y en el acto un brillante chorró de luz se proyectó hacia adelante.

Desde el umbral de aquella puerta, Olga lo examinó todo a medida que iban apareciendo objetos delante del cono de luz de la linterna.

El *hall*, espacioso y al fondo una escalera.

Olga apagó la linterna y a oscuras empezó a cruzar.

Calculó bien la que sus pies tropezaran sin fuerza alguna con el primer peldaño y a tientas buscó el pasamanos.

Empezó a subir.

Quince minutos más tarde se encontraba frente al cuadro del que le hablara a Baxter.

Miró alrededor ayudada por la linterna, buscando una luz.

La encontró sobre la mesa despacho, la desconectó, buscó un

enchufe cerca del suelo y antes de encenderla tendió el oído.

Nada.

Encendió la lámpara y retiró el cuadro.

La caja apareció frente a sus ojos.

Olga se colocó los guantes.

Unos segundos más tarde, con el oído pegado al acero empezó a mover los discos hasta que aquélla se abrió.

Vacía de billetes.

Una cartera de cuero, grande, con cremallera...

Olga vaciló.

Un sobre lacrado, junto a la cartera... y ella sabía que era aquello lo que tenía que tomar.

No lo hizo de primer intento.

Primero examinó la caja abierta, por dentro y por fuera, buscando la alarma, pero no la encontró.

¿Célula fotoeléctrica?

Quizá sí, ¿pero dónde?

Aquello era en lo único que habían fracasado y ahora era ella la que tenía que arriesgarse.

Lo hizo, pero antes se levantó la falda, tomó la automática con la mano derecha y acercándose más a la caja de caudales, tensa como un manojo de cables de acero, notando que sus nervios iban a estallar de un momento a otro, con el impresionante silencio pesando sobre sus hombros, alargó la mano hacia el sobre, alargado y blanco cubiertos de sellos de lacre, conteniendo la respiración, como temerosa de que el loco latir de su corazón hiciera estallar cualquiera sabía qué mecanismo infernal, hasta que finalmente lo tomó.

No ocurrió nada y respiró satisfecha...

Por unos segundos.

Los que tardó en levantarlo de su lecho de acero.

Fue entonces cuando un timbre se puso en funcionamiento de manera estridente en tanto que todas las luces de la estancia donde se encontraba y las del resto de la casa se encendían al unísono.

Olga se volvió llevando el cañón de la automática por delante de su cuerpo cuando, frente a ella, y a ras del techo, un panel se corría hacia un lado.

Olga oyó su zumbido justo en el momento en que se disponía a

emprender la huida y miró hacia arriba.

Se le erizó el pelo de la nuca porque frente a ella, una ametralladora de disco, después de haber girado sobre sus invisibles pivotes, la enfilaba.

Se lanzó al suelo, en tanto que el estuco que había a su espalda volaba en todas direcciones y los rápidos estampidos del arma la ensordecían aún más que el timbre que continuaba sonando procedente de cualquiera sabía dónde... o de todos los sitios al mismo tiempo.

La ametralladora calló y ella empezó a rodar hacia un lugar donde estuviera fuera de la línea de tiro y sabiendo que debía la vida a un milagro empezó a correr con el arma en la mano, hacia la escalera.

Descendió hasta el *hall* sin ver a nadie.

Sobre su cabeza el timbre de alarma seguía sonando.

En la calle los peatones se detenían pero Olga no veía nada de esto.

Lo cruzó como un relámpago con una sola idea en la mente. Es decir; con dos ideas la de matar si alguien se interponía en su camino y la de alcanzar la puerta que daba acceso a la cocina y de allí a la leñera.

Cruzó la primera con el corazón en la boca y respirando entrecortadamente, atravesó la pieza, empujó la de la leñera y entró.

Un paso, dos, tres, jadeando, con rancos estertores de animal herido de muerte y fue entonces cuando unos poderosos brazos, que surgieron de la oscuridad, la sujetaron fuertemente.

No gritó, no dijo nada, pero se debatió en ellos lo mismo que una fiera y quizá de no estar tan cansada, sin respiración, hubiera podido zafarse antes de que un golpe de «karate», no muy fuerte, la pusiera fuera de combate sin un solo gemido.

No hacía falta pero el taxista lo dijo:

—El hotel Petit Parisiën, *monsieur*.

Desde el asiento posterior, Baxter le dedicó una sonrisa mecánica.

—Gracias —dijo.

Miró hacia atrás, a través de la ventanilla posterior del taxi,

sonrió.

Como esperaba, el «Lancia» que le vino siguiendo durante tanto tiempo había quedado bastante atrás, y su sonrisa se amplió haciendo que su rostro, duro de ordinario, se suavizara un tanto.

Miró al taxista, pagó, descendió del automóvil y entró en el hotel.

Rectamente fue a uno de los ascensores y subió al piso donde se encontraba la *suite* que ocupaba.

Cruzó el umbral, cerró a su espalda y tras lanzar una mirada a su alrededor, notando que todo estaba en sus lugares pertinentes, se acercó al armario, tomó la botella de *whisky* y con ella en las manos se acercó a uno de los sillones donde se dejó caer.

Miró el reloj.

Aún faltaba mucho para su intervención en la parte final de aquel tinglado por lo que se dedicó a pensar y a beber.

Serge Ivanoff, un ruso amigo de meterse en complicaciones. Un ruso que quizá muriera aquella misma noche... conjuntamente con una mujer llamada Laura Green.

Mireille cuyo cuerpo no aparecía en parte alguna. Por lo menos los periódicos parisinos que comprara aquel día no mencionaban el crimen por lo que suponía que su cadáver fue hecho desaparecer.

¿Quién la mató?

¿Laura Green?

Podía ser, si es que en realidad la francesa había muerto.

Nicole y él habían hablado de aquello como de otras muchas cosas y ambos estaban de acuerdo en una cosa; en que era muy extraño que Mireille no hubiera dado señales de vida y aún más, de que nadie hubiera denunciado su desaparición. Ni siquiera la gerencia del hotel en cuyo bar trabajaba como camarera.

Baxter tenía una vaga idea del porqué de todo aquello.

Era muy posible que debido al trabajo que desempeñaba, Mireille acostumbraba a faltar a su trabajo de bar y, por tanto, nadie iba a echarla de menos aunque sólo fuera por el momento.

Miró el reloj.

Todavía faltaba casi una hora para que empezara a anochecer... con Nicole.

Todo estaba previsto.

Sería ella, Nicole, la que esperaría en la misma plaza de

Stalingrado, en la misma esquina de la calle de Flandre, en el interior de un coche, con los faros apagados y el motor funcionando al *ralentí*.

Sólo lo haría durante diez minutos al cabo de los cuales pasara lo que pasara debería largarse de allí, hacia su apartamento o a cualquier lugar que le pareciera bien.

Todo menos permanecer ni un segundo más en la plaza o en sus alrededores.

En el jardín, junto al banco en que se sentara aquella tarde, Olga Strasser esperaría para cubrirle las espaldas en el caso de que las cosas se complicaran demasiado, pero ella también tenía que desaparecer tan pronto como sonara la más ligera alarma.

Estaba pues, completamente solo... si no contaba con «Guantes Negros», uno de los mejores agentes del contraespionaje americano en aquel sector de París.

Un hombre cuya identidad sólo era conocida de Washington y quizá de alguno de los miembros de la Embajada en la capital francesa.

Por segunda vez consultó el reloj.

Cuarenta y cinco segundos.

Los besos y el fuego de la francesa.

Los recordaba perfectamente y luego, si todo salía bien, emprendería el regreso a Estados Unidos y ella quedaría allí, en su París... con un recuerdo más del amor pasajero de un hombre.

Baxter frunció el ceño y se sorprendió a sí mismo al comprender que aquel pensamiento le hacía daño.

Lo desechó y miró el vaso.

Vacío.

De un modo inconsciente se había bebido el *whisky* mientras pensaba.

Se puso en pie y empezó a caminar de un lado para otro hasta que de un modo repentino se acercó a la puerta, la abrió y abandonó la *suite*.

No utilizó el ascensor.

Descendió por la escalera con el pensamiento puesto, una vez más, en la realización del plan de aquella noche y lo que componían su grupo de desesperados.

Sí, aquélla era la palabra correcta, «desesperados».

Llegó a la planta baja, empezó a cruzar el *hall* en dirección a la puerta de entrada al bar cuando se le acercó un botones.

—*Monsieur* Baxter, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, así es —respondió.

—*Mademoiselle* Strasser dio el recado en conserjería de que se le dijera a usted que le esperaba en el bar.

El rostro de Baxter se nubló.

—¿Se encuentra allí ahora?

—Creo que no, *monsieur*. No obstante su llave no está en el casillero. Si desea llamarla a sus habitaciones.

Baxter denegó con la cabeza, dio las gracias, y fue directamente al bar.

No tuvo necesidad de entrar para saber que la alemana brillaba por su ausencia, y algo más.

Maldijo un par de veces pero nadie le oyó y luego dando media vuelta, salió a la calle.

Miró en ambas direcciones una vez que se encontró sobre la acera y empezó a andar hacia el final de aquélla con la esperanza de encontrar un taxi que le llevara rápidamente a la plaza de Stalingrado en tanto que se preguntaba por qué. Olga había hecho aquello sin encontrar una respuesta satisfactoria a su pregunta.

La mediaba cuando a su derecha oyó una voz con fuerte acento, extranjero.

—Será mejor que camine como si nada ocurriera *míster* Baxter, ¿comprende? El matarle aquí, ahora para nosotros no significa nada.

Miró sin detenerse, sin hacer un solo gesto agresivo y le vio...

El tipo del «Lancia».

Cierto que no conocía a Ivan Zarcoff, que no le había visto nunca, pero sospechaba que aquél era uno de los hombres, o el único, que le siguiera aquella misma tarde.

Tres minutos más tarde, Baxter supo que no se equivocaba.

El «Lancia» se encontraba allí, delante de sus ojos estacionado a menos de cinco yardas, con una de las portezuelas abierta.

Miró al ruso-polaco y entonces preguntó:

—¿Adónde vamos?

Sin mirarle, Zarcoff masculló entre dientes:

—A ese coche. Vamos a dar un paseo.

—¿Definitivo...?

—Eso dependerá de usted. Vamos, camine.

Baxter continuó andando, el «Lancia» se encontraba cada vez más cerca, Zarcoff se disponía ahora a cruzar por detrás de él para colocarse a su espalda sin sacar la mano del bolsillo derecho de la americana.

Por su lado pasaban los peatones, hombres y mujeres, indiferentes a todo lo que no fueran sus propios problemas.

El «Lancia», a menos de media yarda.

—Vamos, entre.

Voz viniendo directamente de su espalda, muy cerca, y Baxter dio un paso más, se inclinó un poco y justo en aquel momento disparó la pierna derecha hacia atrás.

Algo blando, el vientre de Zareoff, un ahogado gemido y unas manos que le sujetaron antes de que se volviera.

En la acera hubo un revuelo, varios gritos y algo se abatió contra su cabeza justo en el momento en que llevaba la mano a la funda de la axila.

Perdió el conocimiento y por eso no se pudo dar cuenta de que era introducido en el coche ni de que éste arrancaba mientras una pistola ametralladora entonaba su cántico mortal y allí en el asfalto, Zareoff se revolcaba en los últimos estertores de la agonía, entre los gritos asustados de la gente y el silbato estridente de un policía.

—Vamos, pronto.

Abrió el bolso mientras el coche se lanzaba a gran velocidad buscando la próxima esquina y guardó la pequeña pistola ametralladora pensando que era una lástima haber tenido que dar muerte al ruso-polaco, pero no tenía otra opción.

No podía, después del revuelo armado casi frente al hotel, permanecer allí un segundo más, y por otra parte tampoco debía dejarle con vida.

Zarcoff, como otro cualquiera, vivo, en otras manos, era un peligro al que había que eliminar.

Muerto, aquel peligro vital dejaba de existir.

Miró a Baxter que caído a sus pies no efectuaba el menor movimiento y entonces cambió la pistola ametralladora por una automática.

Frente a ella, el que había sido compañero de correrías de Ivan

Zarcoff, continuaba conduciendo a buena velocidad, buscando las calles menos concurridas en su camino hacia la casa de Nicole St. Denis.

—No corras tanto ahora, Hans —recomendó—. Al parecer el peligro ha pasado por el momento y no desearía que nos detuvieran por una imprudencia tuya.

El alemán no respondió.

Aflojó la velocidad y ella clavó los ojos en el cuerpo inmóvil de Baxter.

Fuera, las primeras sombras de la noche empezaban a caer sobre la urbe.

En el interior del «Lancia», Baxter empezaba a moverse.

Abrió los ojos.

Algo se movía por debajo de él.

Un... un coche.

¡El «Lancia»!

Miró hacia arriba.

Medias negras caladas, unos bellos y largos muslos, el borde de una minifalda y la rubia del hotel Petit Parisiën, conjuntamente con la automática que llevaba en la mano.

Y sus ojos, grandes y rasgados fijos en los suyos.

Le dedicó una sonrisa.

Baxter movió el brazo derecho y se llevó las manos a la nuca.

La sonrisa de Laura se amplió.

—¿Le duele? —preguntó.

Baxter se la devolvió justo un segundo de responder:

—Sí, un poco. ¿Puedo cambiar de postura?

Laura Green tardó un par o tres de segundos en contestar.

—Puede sentarse a mi lado, pero con cuidado, Baxter, o le mataré.

—¿Sí...? ¿Por qué?

—Pongamos que porque no me gustan sus actividades en París.

—¿Y qué actividades son ésas, querida?

Ella le mostró sus dientes, pequeños e iguales, exageradamente blancos en una nueva sonrisa.

—Siéntese a mi lado y se lo diré.

Empezó a incorporarse.

Frente al volante, Hans Krauss no perdía ni una sílaba de la

conversación mientras sus pensamientos iban al cuerpo de Zarcoff revolcándose sobre la acera con un chorro de balas dentro de su pecho de gigante.

Junto a la rubia, Baxter se sentaba, muy cerca, rozándola, notando el tibio calor de su cuerpo junto al suyo y algo más; el cañón de la automática que ella empuñaba, en uno de sus costados.

Fuera, en las calles que recorrían, los anuncios luminosos empezaban a brillar en la noche.

Baxter pensó en Olga y maldijo *in mente* por unas cuantas veces antes de que Laura se las interrumpiera con una pregunta:

—¿No quiere saber adónde le llevo?

Baxter se encogió de hombros.

—¿Para qué? —preguntó a su vez.

—¿No sientes curiosidad?

—No, por lo menos no mucha, sabiendo como sé que más tarde o más temprano me voy a enterar.

Laura calló por espacio de varios segundos y finalmente dijo:

—Vamos a casa de su amante, Baxter. Ella... bueno, confieso que no tuve tiempo de interrogarla a fondo y... la pequeña Nicole duerme ahora, pero la despertaré tan pronto lleguemos. De usted dependerá que me diga o no lo que deseo saber.

—¿Sí...? ¿Y puedo saber quién es mi amante, querida?

—Nicole St. Denis. La amiga íntima de Mireille Dupré.

Por cierto, Baxter, ¿sabe que la pequeña camarera del Petit Parisiën, murió?

—Lo hizo usted, ¿verdad?

—No tuve más remedio. Se negó a hablar —hizo una ligera pausa y preguntó—: ¿Sabe por qué le digo esto?

—Sí, creo que sí.

—En ese caso huelga que le diga también que entre Hans y yo vamos a hacer con la belleza de Nicole algo sorprendente, Baxter, y lo haremos delante de usted, si no me dice lo que deseo saber.

—¿Y es...?

Ella le miró entrecerrando los ojos.

—Un «micropunto», querido. Sospecho lo que contiene y dónde se encuentra en este momento, pero quiero tener la certeza de que no me equivoco y usted mismo me lo va a decir, o la pequeña francesita va a sufrir algo horrible, querido —hizo una nueva pausa

y continuó en vista que Baxter daba la llamada por respuesta—: Y otra cosa más; el nombre de «Guantes Negros». Como comprenderá, los nuestros necesitan conocerle.

Baxter la miró fijamente.

—¿Para qué? —preguntó—. ¿Para asesinarle?

—Asesinar es una palabra demasiado fea para pronunciarla entre nosotros, Baxter, ¿comprende? Pongamos que deseamos ponerle fuera de circulación en forma definitiva, y nada más. Vamos, federal, ¿quién es «Guantes Negros»?

Siguió un silencio que se hizo espeso.

CAPÍTULO VI

Un silencio desmesuradamente largo hasta que la propia Laura lo rompió:

—¿No responde, Baxter?

El del F.B.I., hizo una mueca.

—¿Para qué si no me creería?

—¿No...? Pruebe a ver si es verdad.

—No sé quién es «Guantes Negros». Ninguno lo sabemos, ¿entiende eso? Si acaso en Washington, pero nada más. Para mí, tanto como para usted, es una incógnita.

Laura pensó que aquello podía ser una gran verdad pero a pesar de sus pensamientos respondió:

—¿Espera que le crea, Baxter?

—Ya le dije que no lo haría.

Siguió un nuevo silencio que también rompió Laura con una nueva pregunta:

—Dejemos a «Guantes Negros» por el momento, Baxter —dijo—. Y ahora, ¿qué sabe de ese «micropunto»?

El

G-Men

estuvo a punto de sonreír sabiendo lo que ella iba a decir tan pronto como recibiera su respuesta.

Se la dio al cabo de un par o tres de segundos de silencio:

—Casi estoy por asegurar, querida, que si le digo que no lo sé, no va a creerme, ¿verdad?

El bello rostro que tenía casi junto al suyo se nubló:

—Escuche de una vez por todas, Baxter; no estoy jugando, ¿comprende? Conteste antes de llegar, o voy a hacer con el hermoso cuerpo de su amante algo que pasará a la historia negra del espionaje.

—¿Lo mismo que con el de Mireille?

—Lo siento... y un poco más, querido. ¡Piénselo!

Baxter dio la callada por respuesta.

Pensaba en Olga Strasser.

Si por lo menos supiera dónde se encontraba el «micropunto» en aquel momento...

¿Se apoderó de él o había fracasado? ¿Cómo saberlo?

—Estoy esperando su respuesta, Baxter.

La miró a los ojos.

Fríos, lejanos, sin piedad, sin reconocimiento alguno, inhumanos, y mirándola se dijo a sí mismo que ella era muy capaz de haber dado muerte a Mireille Dupré sin un solo parpadeo y que lo mismo haría con Nicole y con él mismo.

Desvió los ojos fijándolos en Krauss que sin pronunciar palabra continuaba conduciendo en tanto que en su costado la presión del cañón del arma de Laura Green se acentuaba.

Fue entonces, al llegar a aquella conclusión, cuando Baxter dio la respuesta traducida en una pregunta:

—¿Usted dijo que sabía, verdad? Siendo así, ¿a qué diablos me pregunta a mí?

—También le dije que no estaba segura y que por lo tanto...

Baxter le interrumpió en aquel punto:

—Yo también tengo una ligera sospecha sin seguridad alguna, por lo que creo que no vamos a llegar a ninguna parte.

Ella desvió los ojos de los suyos y lanzó una fugaz mirada a través de la ventanilla.

—Se equivoca aunque sólo sea en parte, querido —dijo—, porque estamos llegando a una parte. A la casa de Nicole St. Denis, ¿comprende?

Ladeó el rostro para mirar.

Era verdad.

El cañón de la automática que Laura empuñaba parecía formar parte de su cuerpo cuando lo hizo.

No lo adivinó, pero ella, en aquel momento, estaba pensando en que debía de darse mucha prisa si deseaba salir con bien de todo aquello.

Estaba recordando a Serge Ivanoff y el ultimátum que aquél lanzara contra ella y en la cita para dentro de una hora, que le

diera, y a la que no acudió.

No se fiaba del ruso, no se había fiado nunca de un agente doble y el moscovita lo era.

Para Laura Green no había la menor duda de aquello.

—Detén el coche un poco antes de llegar, sal, y mira si ves algo sospechoso —indicó a Krauss, que no respondió.

El silencio en el interior del «Lancia» volvía a ser espeso.

Con la vaga sensación de que algo se había descompuesto en el interior de su hermosa y altiva cabeza, Olga Strasser se movió un poco, lanzó un leve gemido y luego se palpó la nuca con la mano, llevando aún los ojos cerrados.

Escuchó.

Silencio.

¿Qué es lo que había pasado?

Su mente se negaba a recordar... hasta que lo hizo de un modo repentino y entonces los abrió.

Miró alrededor y se sentó en menos de un segundo.

Volvió a cerrarlos, para abrirlos al cabo de unos segundos y en contra de lo que esperaba, la imagen persistió alrededor suyo.

La *suite* que ocupaba en el hotel, su propio lecho, su bolso, todo estaba allí, todo, excepto el sobre que tomara de aquella casa de la plaza de Stalingrado y que guardara entre los senos.

Abrió el bolso.

No faltaba nada, ni la pluma estilográfica, ni un solo centavo, ni su falsa documentación de turista.

En su muslo derecho, un poco más arriba del elástico de las medias, notó el peso de su automática, la quitó de allí, comprobó la carga y tampoco lo comprendió por lo que sin comprenderlo volvió a guardarla en el mismo lugar y se puso en pie.

La nuca le dolía de un modo horrible por lo que tambaleándose un poco cruzó el *living* y fue al cuarto de baño.

Puso la cabeza bajo el grifo y así permaneció por espacio de varios segundos al cabo de los cuales se secó, abandonó la estancia y regresó al sofá.

¿Qué es lo que había ocurrido en realidad?

¿Quién la golpeó haciendo fracasar un plan cuidadosamente elaborado?

No había respuesta por el momento.

Se puso en pie, una vez más, ahora con los ojos fijos en el teléfono.

¿Qué hora era?

Consultó el reloj.

Tarde, muy tarde, cerca de la una de la madrugada, y entonces recordó a Alf Baxter pensando en que si no le habían dado su recado, a aquella hora, él se estaría encaminando a la plaza de Stalingrado sin saber que todo había terminado, con un rotundo fracaso por parte de ella.

¿Quién lo hizo?

No podía comprenderlo y mucho menos al encontrarse completamente viva, en el interior del hotel donde se hospedaba, sin haber sufrido otro daño que el golpe en la nuca.

¿Cómo y quién la llevó hasta allí?

Lentamente ahora, sin dejar de pensar, Olga se acercó al teléfono, levantó el auricular, y casi al instante oyó la voz de la encargada de la centralita del hotel.

—Aló...

—Póngame con míster Baxter, en la *suite* 408 —dijo, dando a continuación el número de la suya.

—No se retire, por favor.

No lo hizo.

Impaciente esperó oyendo al otro lado la señal de marcar que duró escasos segundos y de nuevo hasta su oído llegó la voz de la encargada de la centralita:

—*Monsieur* Baxter no responde, *mademoiselle* Strasser. ¿Quiere que insista?

—No, por el momento no, pero podía hacerme un favor.

—Dígame...

—Comuníqueme con *monsieur* Ivanoff.

Hubo un nuevo silencio, el sonido de la clavija al introducirse en el lugar pertinente, la nueva señal de marcar, y la voz de la encargada:

—Lo siento, *mademoiselle*, pero *monsieur* Ivanoff tampoco contesta. ¿Alguna otra cosa?

—No, gracias, y perdone.

—A usted, *mademoiselle* Strasser.

Olga depositó el auricular sobre su soporte y regresó al sofá.

Pensaba.

Con los ojos fijos en el bolso y en que la nuca no dejaba de dolerle aunque ahora con menos intensidad.

¿Por qué le golpearon y luego la llevaron hasta allí, sin violentarla, sin desposeerla de ninguna de sus pertenencias?

No se lo explicaba.

Y Alf Baxter, ¿dónde se encontraba el agente especial del F.B.I.? Y sobre todo, ¿qué diablos hacía ella en la *suite* del hotel cuando su misión consistía en vigilar la casa del embajador desde uno de los bancos de la plaza?

Se encogió de hombros mientras alargaba la mano derecha para tomar el bolso que abrió con gesto maquinal y llevando un frunce de preocupación en su bonito ceño.

Había fracasado y no tenía más remedio que dar cuenta de su fracaso y cuanto antes.

No le gustaba, a nadie le gustaría, pero no tenía más remedio que hacerlo.

Tomó la estilográfica, le quitó el capuchón, colocó la diminuta antena microscópica y casi sin pensarlo se puso en contacto con la base del C.I.A., en París.

La respuesta a su información la dejó aún mucho más confusa que en un principio.

—No se preocupe por ese fracaso suyo, ¿comprende? —El diablo lo entendía, pero ella no—, y reúnase dentro de treinta minutos en el punto ocho. Cambio para que me dé el enterado.

Olga vaciló unos segundos, ya con el dispositivo abierto para transmitir y finalmente empezó a hablar:

—Correcto, dentro de media hora, en el punto ocho. ¿Algo más?

—No, nada más. Es decir, suerte, muchacha. Cambio y fuera.

Cerró la estilográfica sintiendo unos enormes deseos de destrozarla contra la pared al no comprender algo que tenía que ser sumamente sencillo para otras personas que no fueran ella misma.

Consultó el reloj.

Treinta minutos.

¿El Metro?

Era un buen medio de transporte.

Lejos, a bastante distancia de allí, en la misma Puerta de la Chapelle, cerca, muy cerca del Boulevard Periférico, como una vía

de escape hacía... ¿dónde?

Quizá hacia el mismo infierno de la «Santé» si la policía francesa, después de lo ocurrido en la plaza de Stalingrado, relacionaba el hecho con ella.

Que recordara nadie la había visto, nadie la reconocería, pero no había seguridad alguna en aquella afirmación que sólo era fruto de su mente.

Lentamente, como con desgana, Olga Strasser se acercó a la puerta que daba acceso a su dormitorio, lanzó una fugaz mirada alrededor, una vez que se encontró dentro, como despidiéndose de todo aquello, lo que era una gran verdad, y abrió el armario ropero.

Su pequeño maletín de viaje cuyo contenido no había tocado.

Lo abrió más por la fuerza de la costumbre que por otra cosa y por espacio de varios segundos se ensimismó en la contemplación de aquellos artículos de nylon de su uso personal con el pensamiento puesto en un ruso al que había besado sólo dos veces y al que hubiera matado de haber recibido cualquier clase de orden al respecto y a pesar de los dictados de su corazón.

¿Su corazón?

Perdió el aliento ante aquella palabra y sacudió la altiva cabeza rubia de un lado para otro para desecharlo, cerró el maletín, lo tomó, lanzó una nueva y circular mirada alrededor suyo y lentamente, con trabajo, porque aquélla era la realidad, Olga abandonó la *suite* del hotel sabiendo que ya jamás volvería a verla.

Así era todo.

Hoy aquí, mañana allá, mientras que los recuerdos se agolpaban en su mente, la mayoría de los cuales tenía que esforzarse por olvidarlos, como los labios de Serge Ivanoff.

¿Dónde diablos se encontraba en aquel momento?

Hubiera dado cualquier cosa por saberlo, por poder despedirse de él, pero sabía que a pesar de todos los pesares, aunque se hubiera dado el caso de que se encontrara en el hotel, no hubiera podido hacerlo.

Vino como una sombra, si es que servía aquella expresión, y debía irse del mismo modo.

Alcanzó la escalera, y empezó a descender a pie no sin haber lanzado una fugaz mirada a la puerta del ascensor.

El *hall*, el *comptoir*, el encargado de la noche, el silencio

alrededor, aunque en el interior del bar, que nunca cerraba, había varios clientes entre hombres y mujeres.

En su camino hacia el *comptoir*, Olga les lanzó una mirada de envidia y enfrentó al encargado:

—Buenas noches —saludó—, ¿podría prepararme la cuenta?

Vio la sorpresa en sus ojos y esperó las preguntas que no iban a tardar en producirse.

—¿*Mademoiselle* se marcha del hotel? ¿Es que está descontenta? Si hay alguna queja y...

Su sonrisa le interrumpió:

—Nada de eso —respondió—. Abandono París esta misma noche... y gracias por su interés. Y ahora, por favor, la cuenta.

—Un momento, *mademoiselle*.

Esperó.

Muy poco; cuestión de unos minutos y mientras la abonaba oyó la pregunta del encargado:

—¿Desea que pida un taxi, *mademoiselle*?

Olga vaciló.

«¿Y por qué no? —se preguntó a sí misma—. Los del C.I.A., no le habían dicho qué medios debía emplear para trasladarse hasta el punto número ocho».

Un taxi era mucho más cómodo que el Metro.

—Sí —respondió—. Llámelo, por favor, y gracias.

Se apartó del *comptoir* y con el maletín en las manos se dejó caer en uno de los sillones del amplio *hall* y esperó.

También fue muy poco, menos de diez minutos, en el transcurso de los cuales Olga consultó su cronómetro otras tantas veces, hasta que oyó decir a su lado:

—Su taxi, *mademoiselle* Strasser.

Olga dio las gracias, se puso en pie y salió a la calle, sin volver ni una sola vez la cabeza hacia atrás.

Su misión en París había terminado de un modo completamente inesperado para ella.

Con dos fracasos que al parecer a nadie importaban como no fuera a sí misma.

Uno con el «micropunto», al dejárselo arrebatarse en la oscuridad de una leñera, cosa que no parecía interesar al C.I.A.; y el otro sentimental.

Estaba enamorada de un imposible llamado Serge Ivanoff, y aquello tampoco interesaba a nadie.

Vio el taxi frente a la puerta del hotel, con la portezuela abierta y subió, cerró a su espalda, colocó el maletín a su lado y ordenó con la sonrisa en los labios:

—Al *boulevard* de Ney. Ya le diré dónde debe detenerse.

El taxi se puso en marcha y Olga cerró los ojos.

¡Misión cumplida!

Pero ¿en realidad la había cumplido?

Sólo en parte.

Minutos que transcurrían hacia atrás, lo mismo que las calles que recorrían hacia delante en su camino hacia el *boulevard* de Ney.

Calle de la Chapelle.

Olga Strasser tenía los ojos abiertos y miraba por la ventanilla cuando alcanzaron el cruce con el Boulevard de Ney.

—Puede detenerse aquí mismo —dijo.

El taxista obedeció en silencio, Olga pagó la carrera, añadió una propina y cuando el taxi arrancó, maletín en mano, empezó a andar en dirección a la Puerta del mismo nombre.

Se sentía espantosamente sola, y lo que era peor, es que no había tenido noticias de Alf Baxter.

¿Otro que también había desaparecido como desapareció Mireille Dupré?

No había respuesta hasta que no entablara un nuevo contacto en el punto número ocho.

Olga se colocó el bolso en banderola y continuó andando...

El «Lancia» aminoraba la velocidad, se estaba deteniendo, se detuvo del todo.

Baxter miró por la ventanilla y luego desvió los ojos hacia Laura Green.

Y vio sus piernas de esbeltos muslos, en su totalidad, cuando ella se apartó hacia el otro extremo del asiento, sin dejar de apuntarle ni un solo segundo.

—Vamos, Baxter —dijo—, abra la portezuela y salga, pero con cuidado.

Miró a Krauss, que en aquel momento se volvía hacia ellos, y que le mostraba un revólver de corto cañón calibre 22.

—Vamos, Baxter, abajo.

No respondió.

Podía deshacerse de ellos en aquel mismo momento, podía incluso terminar con los tres, incluyéndose a sí mismo, pero no lo deseaba por el momento.

Antes quería saber qué había sido de Nicole.

Si le había ocurrido algo, aquella zorra rubia que tenía frente a él, iba a terminar de jugar a los espías de una vez por todas.

Sintiéndose vigilado por ambos, Baxter alargó la mano, abrió la portezuela y en aquel momento Laura dijo:

—Espere un momento, Baxter, saldré yo primero.

Lo hizo.

Desde el interior del «Lancia», Baxter la vio frente a él, en la acera, sosteniendo el bolso a la altura de los senos con objeto de esconder la automática que continuaba empuñando con la mano derecha.

A su espalda oyó la voz de Krauss:

—¿Baja?

No respondió, descendió del coche y Laura se apartó a un lado dejando la puerta que daba acceso al interior del portal donde Nicole St. Denis tenía su apartamento, completamente libre.

—Usted delante, Baxter.

El agente federal continuó dando la callada por respuesta y entró en el portal llevándoles detrás.

Empezaron a subir del mismo modo y ya en el primer descansillo preguntó:

—¿Su cuartel general, muchacha?

A su espalda, Laura forzó una risita.

—Por el momento —respondió—. Sólo por el momento. Más adelante, ni yo misma lo sé.

El pasillo, una puerta, otra, otra más, y los tres se detuvieron.

—Tome la llave, Baxter.

Se volvió a mirarla.

Laura tenía en las manos un pequeño llavero y alargó la mano para tomarlo en tanto preguntaba:

—¿Qué hay de Nicole?

—Le dije que estaba durmiendo y no le mentí.

—¿Drogada?

—Pongamos que es así, querido, pero se le pasará en el acto. No se preocupe por eso.

No respondió, se volvió dando la espalda una vez más, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar.

Laura recomendó en aquel preciso momento:

—No se mueva, Baxter.

El

G-Men

permaneció tranquilo, inmóvil bajo el marco de la puerta, teniendo frente a sí mismo el pasillo completamente a oscuras.

—Ahora, sin moverse de dónde está, encienda la luz.

Con la mano derecha, Baxter tanteó el marco hasta encontrar el interruptor.

—¿Algo más? —preguntó tan pronto como la hubo encendido.

—Camine hacia el *living*, querido, pero no se acerque a la francesa o le mataré, ¿comprende?

—¿De qué tiene miedo, muchacha?

—¡De usted...! De todo, Baxter, absolutamente de todo... y tengo prisa por terminar. Vamos, entre.

—¿Por qué tiene tanta prisa?

—Ésa es una de las novecientas noventa y nueve cosas, coma noventa y nueve, que a usted no le importan, Baxter.

Se encogió de hombros y cruzó el umbral.

Claramente oyó cómo encajaban el pestillo de la puerta y adivinó que había sido el alemán en tanto que ella se mantenía a su espalda.

Era una oportunidad.

Otra oportunidad, pero no hizo nada al respecto.

Continuó andando, hacia la puerta de acceso al *living*, la empujó pero no entró.

Se detuvo allí, completamente inmóvil, en el centro de la puerta, hasta que Laura ordenó:

—Encienda la luz y cuidado, Baxter.

Pensaba en Serge Ivanoff cuando añadió:

—Y ahora camine hacia uno de esos sillones y siéntese, ¿comprende?

Lo hizo, lentamente, con los ojos fijos en el cuerpo completamente inmóvil de Nicole que continuaba tendida sobre el

sofá, como muerta.

No obstante, vivía.

Así por lo que ya más tranquilo se dejó caer en el sillón, muy cerca de ella y les miró.

—¿Y ahora...?

—Una espera de un par o tres minutos, y la muchacha estará bien, Baxter —interrumpió Laura—. Lista para un interrogatorio.

—¿Correrá a cargo de usted o de ese...?

—Él me ayudará. ¡Ah! Se lo presentaré. Se llama Hans Krauss y es del Servicio Secreto. Durante la guerra perteneció a la Gestapo. Por tanto, huelga que le diga a qué servicio secreto me refiero, ¿verdad?

Una vez más, Baxter dio la callada por respuesta mientras que ella, sin dejar de mirarle, añadió:

—Prepara esa inyección, Hans.

El alemán no respondió, se limitó a guardar el revólver que empuñaba en el bolsillo de la americana y a hacer lo que ella le había dicho.

Tres minutos más tarde, Baxter contemplaba al parecer con gesto indiferente el despertar de Nicole St. Denis.

CAPÍTULO VII

Miró el reloj.

Tres minutos, tres veces.

Las manecillas no parecían moverse, pero no era cierto.

Tres minutos...

Un tiempo demasiado largo en aquel momento.

Deseaba fumar, pero al mismo tiempo no quería hacerlo; no debía distraerse ni un solo segundo.

Volvió a mirar el reloj, se lo puso junto al oído izquierdo.

Desde luego no era ilusión de sus sentidos. Aquel viejo cacharro andaba, no le cabía duda alguna de eso.

Miró fuera, por la ventanilla.

El ir y venir de los peatones, los coches circulando en ambas direcciones...

Junto a la estación del Norte, en el interior de un «Citroën» de hacía cinco años, Serge Ivanoff se impacientaba.

Mujeres...

Pensaba en ellas, entre otras cosas.

En la *petite* Olga Strasser como decían los franceses.

En el innato deseo de todas ellas por complicar las cosas.

Sonrió sin poderlo evitar y en contraste con su impaciencia, y regresó los ojos al interior del coche.

Olga Strasser, una rubia interesante desde la altiva cabeza hasta sus pies chiquitos y calzados con zapatos de alto tacón.

Una mujer a la que...

Un zumbido, como el relampagueante batir de las alas de una oveja.

Interrumpió su pensar.

El bolsillo.

Serge Ivanoff introdujo la mano en el interior de su americana y extrajo el encendedor cuya tapa posterior quitó de un leve tirón.

Se lo pegó al oído.

—Alfa llamando a Centauro... Alfa llamando a Centauro. Conteste. Cambio.

Ivanoff mostró sus dientes al espejo retrovisor en una sonrisa que nada tenía de agradable.

—Centauro a Alfa, le escucho. Cambio.

Un zumbido, leve, mucho más leve que el anterior, y la voz metálica de su comunicante le llegó al oído.

—Escuche con atención, Centauro: Abandone el coche y camine hacia la puerta central de la estación, pero no entre ni se detenga. Sin abandonar la derecha continúe andando hasta la siguiente esquina. Rodéela y verá el coche —siguió una ligera pausa que duró unos segundos y el otro añadió—: El coche es un «Peugeot» verde oliva y en el volante hay un hombre. Lleva sombrero cuya ala le tapa parte del rostro. Pregúntele qué camino debe seguir para ir a los Campos Elíseos. Él le responderá que prefiere los *cabarets*. Conteste que eso no es motivo de discusión y le invitará a subir. Repita las instrucciones, Centauro. Cambio.

Ivanoff volvió a sonreír al retrovisor antes de empezar:

—Debo abandonar mi coche y caminar a mi derecha hacía...

Así hasta que terminó diciendo:

—¿Algo más? Cambio.

—Sí, muy poco como verá —y claramente notó cómo la voz del otro se volvía oscura—. Es operación de castigo. O de limpieza si lo prefiere. Deme el conforme. Cambio.

—Correcto en todos los puntos. ¿Algo más?

—Una última recomendación, Centauro. Abandone el coche dentro de cinco minutos y no antes. Y ahora buena suerte y cuidado. No quiero perder a ninguno de mis hombres. Cambio y fuera.

Ivanoff puso la tapa en el encendedor.

Cinco minutos más, como medido con un cronómetro. ¿Y no era verdad que allí todo se cronometraba?

Extrajo el paquete de cigarrillos, se puso uno en los labios y lo encendió empleando para hacerlo el mismo encendedor que le había servido para transmitir, y hecho esto lo guardó.

Dos minutos.

Ciento veinte segundos y abandonaría aquella lata de sardinas,

completamente negra, más parecido a uno de aquellos vehículos de los seriales de televisión con sus «Intocables» que no un coche para él.

Un minuto... treinta segundos...

Ivanoff apagó el cigarrillo en el cenicero del interior del coche, abrió la portezuela y puso el pie en la acera justo cuando las manecillas de su reloj marcaban la hora en punto.

Empezó a andar.

Paso a paso, mirando las piernas de las mujeres que se cruzaban con él y haciendo conjeturas y comparaciones con otras que conocía, que le obsesionaban.

Con las piernas de Olga Strasser.

La esquina.

La dobló.

El coche, un poco más allá, seis o siete yardas de donde se encontraba y empezó a acercarse con todos los sentidos alerta y la mano derecha dentro del bolsillo del pantalón.

La ventanilla.

Miró.

Un hombre frente al volante del «Peugeot» cuyo sombrero...

Ivanoff se inclinó un poco y preguntó:

—¿Podría indicarme el camino para ir a los Campos Elíseos?

El otro se volvió a mirarle.

Ojos negros, duros, casi inhumanos... y el rostro, en conjunto, como forjado a golpes de martillo.

—Prefiero los *cabarets*. ¿Usted, no?

Ivanoff hizo una mueca.

—No creo que eso sea motivo de una discusión, ¿verdad?

El del sombrero alargó la mano, enguantada en negro, y abrió la portezuela.

—Vamos, suba, y bien venido a bordo.

Ivanoff sonrió, y el «Peugeot» empezó a despegarse del bordillo de la acera.

Un silencio de un par o tres de minutos que el otro rompió de un modo repentino.

—Dentro de una de esas guanteras encontrará todo lo que desee, Ivanoff, ¿comprende? Prepáreme otra para mí, y que tengamos suerte.

Sin responder introdujo la mano en la guantera y por espacio de más de veinte minutos se entretuvo en montar un par de pistolas ametralladoras a cuyas mortíferas bocas adaptó un silenciador.

—¿Y ahora...? —preguntó.

Su acompañante le miró a través del cristal del retrovisor.

—Esperar —contestó—, aunque será cuestión de minutos. Entretanto, ¿por qué no me cuenta algunas cosas?

—¿Qué cosas?

—Algo sobre ese «micropunto», ¿no?

—Ya no lo tengo. Se lo quité a una bella fraulen y lo devolví. Es decir, ahora viaja de incógnito hacia el único punto del planeta donde hace verdadera falta.

Y ambos se echaron a reír.

—Cuénteme cómo ocurrió.

—Le suponía enterado de eso.

—No, pues no es así. Tenga en cuenta de que me paso la vida frente al volante llevando a unos y otros, incluso a los sitios más inverosímiles de París.

Ivanoff volvió a sonreír.

—La *petite* alemana —dijo lentamente—, recibió instrucciones para adelantar la hora del robo de ese «micropunto». Tenía que hacerlo sola. Ese federal, Alf Baxter, ¿no?, estaba vigilado, Nicole St. Denis también y por otra parte la pequeña Mireille Dupré había desaparecido y por eso... tenía que hacerlo completamente sola. Orden de emergencia debido a como se habían puesto las cosas en pocas horas y... Bueno, tuve suerte ya que la vi salir del hotel y la seguí. Un disco en contra me hizo perderla, pero fue por poco tiempo. Cuestión de adivinar una jugada, lo mismo que en el ajedrez, y llegué a la plaza justo cuando ella estaba dentro. Por lo menos eso es lo que sospeché por lo que me puse a buscar el lugar por dónde había entrado. La leñera. Continué esperando en las sombras hasta que la alarma empezó a sonar y frente a la casa el barullo de los peatones. La chica salió corriendo, la sujeté, y luego tuve que golpearla. Por otra parte, llevaba ese testamento en un lugar que de no ser de ese modo, jamás me hubiera dejado ni intentar arrebatárselo. La saqué de la leñera hasta el jardín, esperé a que pasara el tumulto y aún continuaba dormida cuando la deposité sobre su blanco lecho del hotel —terminó con sorna.

Callaron una vez más, y también por una vez más, el otro rompió el silencio, ahora con un comentario:

—Aún falta algo más, Ivanoff.

—¿Y es...?

—La identidad de «Guantes Negros».

No lo esperaba, pero Ivanoff se lo dijo.

—Lamento todo esto, Alf.

Aquellas fueron sus primeras palabras, Laura soltó una risita, el alemán se apartó hacia el marco de la puerta, con la mano en el bolsillo de la americana, y Baxter contestó:

—No te preocupes, muchacha, todo se arreglará.

Pero Nicole sabía que ya no había arreglo posible.

Es decir; sólo uno: la muerte.

No replicó, esperaba luchando porque el temor que sentía no aflorara a sus bellos ojos.

Sin pensarlo siquiera, sin dejar de apuntarles, Laura rompió el silencio viniendo en su ayuda.

—Espero que ahora me conteste, Baxter —dijo—, ¿qué hay en ese «micropunto» de la Embajada...?

Baxter desvió los ojos del rostro de la francesa y respondió:

—La verdad de una reunión en el bloque comunista, ¿comprende? Y usted lo sabe tan bien como yo. Una verdad que afecta al mundo entero y no lo que se vio por las imágenes de televisión o lo que nos dieron los periódicos de Europa. La verdad de lo que se trató allí, y el peligro que correrá Europa si las Naciones Unidas no lo remedian.

—¿Qué peligro?

Baxter se permitió una sonrisa.

—¿No lo sabe, querida? —preguntó a su vez—. Pues me extraña ya que usted viene del otro lado del Berlín, con la misión de apoderarse de ese «micropunto», y a toda costa, ya que su contenido interesa por igual a ciertos sectores comunistas que no están en muy buenas relaciones con... con ese otro, ¿verdad?

—De acuerdo en todo eso, querido, y ahora, ¿qué peligro...?

El gesto de Baxter la interrumpió.

—A eso iba, muchacha —dijo—, y si deja de interrumpirme se lo diré en pocas palabras —hizo una ligera pausa que Laura no interrumpió y prosiguió al cabo de la misma—: La desviación de

dos ríos, preciosa, ¿comprende? Dos ríos cuyo curso fue, desde que los creó la Naturaleza, el que siguen hoy día, y que para dentro de unos quince años correrán por otro cauce creado por el hombre. Esto puede dar lugar a una serie de catástrofes. El cambio de estaciones, los fríos polares desplazados a otras latitudes ahora cálidas e incluso... incluso, influir en la duración de los años. Esto se trató a puerta cerrada y allí se acordó llevarlo a efecto, continuar con los trabajos por encima de todo, y era ahí, en ese «micropunto», dónde está, dónde se encuentra la verdad de todo. Una verdad que debe saber Europa entera conjuntamente con el resto del mundo. Ahora ya lo sabe todo... lo que ya sabía de mucho antes de traerme aquí.

—¿Cómo piensan sacarlo de allí? Me refiero al «micropunto». No será durante la estancia del embajador en la Opera, ¿verdad?

Baxter hizo una mueca.

—Así era en un principio, ahora... Bueno, entre unas cosas y otras, el «micropunto» se queda allí.

—¿Sí...? ¿Por qué?

Baxter sonrió.

—Es sencillo —dijo—. Yo tenía que forzar la caja, ¿comprende? Y ahora ya es demasiado tarde para eso.

Una vez más, Laura Green pensó en Serge Ivanoff.

—¿Por qué? —preguntó.

—El plan previsto era para la una de la madrugada y son las dos y treinta. Fracasó usted lo mismo que yo, querida. Debió de actuar de otro modo, ¿entiende? Hubiera sido mejor para usted dejar que nos apoderáramos de él y luego salimos al paso. Se precipitó —hizo una pausa y preguntó—: ¿Quién la envió, muchacha?

—Se sorprendería si lo supiera, Baxter. Nadie me envió aunque usted, como ha dicho no hace mucho, piense en lo contrario. Nadie porque mi grupo trabaja por cuenta propia. Ese secreto que encierra ese «micropunto», el mismo país afecto por él, pagaría a peso de oro cada palabra que contiene. Millones, Baxter; sólo por eso lo deseaba —le miró fijamente y añadió—: ¿Quién es «Guantes Negros»? ¿Qué papel jugaba en todo esto?

—Él fue quien puso a Estados Unidos en antecedentes de todo eso, ¿comprende?

—Su identidad, Baxter —miró a la silenciosa Nicole y añadió—:

Tiene cinco segundos para pensarlo o delante de sus ojos Hans va a hacer algo que sólo él, como antiguo agente de la Gestapo, sabe hacer.

Baxter no contestó.

Desvió los ojos hacia Nicole.

Se encontraba pálida, pero aún tuvo el valor de dedicarle una sonrisa que él no correspondió, y a continuación miró alrededor.

Una solución; la única, terminar con todo y de una vez.

No obstante repuso con la vaga e inútil idea de ser creído, cosa que lo mismo daba ya que su subconsciente le decía que dijera lo que dijese, el final para Nicole y para él iba a ser el mismo:

—En cierta ocasión le dije que ninguno de nosotros conocíamos su identidad, y no le mentí.

—¿Sí...?

—Así es.

Laura miró a Krauss.

El alemán empezó a acercárseles lentamente en tanto que ella tensaba el dedo sobre el gatillo de la automática que empuñaba mientras sus ojos se empequeñecían.

—No se mueva, Baxter —dijo triturando las palabras entre los dientes—. No lo haga porque le dispararé y el resultado será el mismo ya que aún herido, podrá ver lo que le ocurre a su amor.

Hans Krauss estaba ya muy cerca, avanzando lentamente, como recreándose con sadismo anticipado en lo que iba a hacer con la muchacha, y Laura le apremió:

—Vamos, deprisa. Hemos perdido ya demasiado tiempo.

El alemán dio un par de pasos más, alargó las manos y Nicole gimió mucho antes de que la tocara, gemido que se vio interrumpido en seco, apenas iniciarse.

—No la toque, Krauss, o le vuelo los se...

Laura lanzó un grito, se volvió en redondo enfrentando la puerta y apretó el gatillo justo cuando el alemán, con el revólver en la mano hacia lo propio.

El hombre del sombrero sobre los ojos negros se dobló en dos con un gorgoteo agónico barrido por los taponazos de la pistola ametralladora de Ivanoff en tanto que Baxter se lanzaba contra Nicole y ambos rodaban al suelo en confuso montón.

Al segundo siguiente la habitación se llenó de silencio.

Un silencio que rompió el propio Ivanoff:

—Vamos fuera, Baxter. Tengo el coche en la esquina... y ahora no me gustaría, después de esto, vérmelas con alguno de los miembros de la «Sûreté».

No hizo falta más.

Baxter ayudó a Nicole a que se levantara y llevándola de la mano abandonó la habitación precedidos por Ivanoff, metralleta en mano.

El coche.

Un «Peugeot» verde oliva, cuyo conductor ya nunca más empuñaría su volante.

—¿Quién conduce?

—Nicole puede hacerlo —respondió Ivanoff—. Nosotros iremos detrás.

—¿Hacia dónde?

—A la Puerta de la Chapelle. Nos están esperando allí, *mademoiselle*.

—Olga Strasser.

Silencio.

El coche se puso en marcha despegándose suavemente del bordillo de la acera y empezó a rodar bajo las luces multicolores de los anuncios y bajo la noche de París.

Un silencio que rompió Baxter con una pregunta que le bailaba en el interior de la mente el mismo momento en que viera al ruso pistola ametralladora en mano:

—¿Sabe lo que contiene ese «micropunto»?

—Sí.

—Y, ¿no le parece extraño que siendo... siendo...?

La sonrisa y el gesto de Ivanoff le interrumpió.

—Me identificaré debidamente —dijo con perfecta calma—, identificación que puede confirmar desde aquí mismo por radio. Mayor Richard Benson, de la Marina de Estados Unidos, agregado militar a nuestra Embajada en París. Cómo ve, soy, entre otras cosas, miembro del Servicio de Contraespionaje además de políglota. Hablo perfectamente cinco idiomas y... otros tantos... Me defiende bastante bien con ellos si me comprende usted, Baxter.

El del F.B.I., calló víctima de la sorpresa, hasta que se rehízo. Entonces preguntó:

—¿Cómo dieron con nosotros?

Ivanoff, cuyo verdadero nombre era el que había dado, respondió contando todo lo ocurrido respecto a la actuación de Olga y su intervención final y terminó:

—Era uno de los nuestros y se llamaba Chett O'Sullivan. Y murió ahí dentro. Lo único que lamento es no poder haber traído su cadáver con nosotros.

Volvieron a callar, pero quedaba algo más, y de los tres, fue el propio Baxter el que empezó a comentario.

—Aún queda algo —dijo.

—¿Y es...?

—La identidad de «Guantes Negros» —le miró suspicaz y añadió—. Es usted, ¿verdad?

—¿Yo...? Bueno, podría serlo pero no es así —declaró con modestia—. «Guantes Negros» era *mademoiselle* Mireille Dupré.

Frente al volante, Nicole soltó una exclamación ahogada.

—No... no puede ser... —exclamó—. Pero si sólo era... y estaba bajo mis órdenes. No... no es...

Benson la interrumpió en aquel momento.

—Eso era, por lo menos en apariencia, Nicole. Yo... Bueno, confieso que no lo he sabido hasta hace hora y media en que me lo comunicaron por radio, y siento deseos de descubrirme ante ella —hizo una ligera pausa y añadió—: Lo que verdaderamente lamento es que la mataran pero esto, entre nosotros, de lo malo, es lo que mejor nos puede ocurrir.

—¿Quién lo hizo? Fue Laura Green, ¿verdad?

Baxter fue el encargado de darle la respuesta:

—Así es, querida. Laura lo hizo, tal vez tratando de hacerla hablar.

—Laura... no se llamaba así en realidad —medió Benson, interrumpiéndole—. Silvia Montinelli, italiana, y entre otras cosas, ni siquiera se le podía llamar agente doble. Ella iba a lo suyo y nada más. Si hubiera logrado apoderarse del «micropunto», los mismos, el mismo país que lo hizo le hubiera pagado millones al objeto de que sus secretos no cayeran en otras manos que en las suyas propias, ¿comprendéis? De ahí el interés de esa italiana por apoderarse de él. Luego, quizá hasta se hubiera puesto en contacto con nosotros para ver cuál de los dos países pagaba más. Si el de

origen o Estados Unidos.

Callaron.

Hasta que el silencio lo rompió Baxter con una pregunta que sonó a los oídos de Benson un tanto burlona:

—Recordando a Olga —dijo—, ¿cómo diablos se las va a componer usted para explicarle el golpe que le dio en el interior de la leñera?

Benson sonrió.

—Primero le pediré disculpas y si esto no es suficiente, le haré una proposición.

Baxter clavó los ojos en la bella cabeza de la francesa.

—Quizá la misma proposición que voy a hacerle a Nicole, ¿verdad?

—¡Alf...!

—Bueno, querida —añadió—. Creo que van a tenerte que hacer un sitio en cualquier parte con objeto de que vengas a Estados Unidos.

—Pero, Alf...

—Verás —continuó interrumpiéndola—. En casa tengo un museo de Historia Natural y para completarlo me haces falta tú. Ahora, decide, pero pronto.

Hubo unos segundos de silencio y Nicole contestó:

—Me agrada verme en una vitrina, querido. En cuanto a la respuesta, espera a que Benson se encuentre abrazando a Olga Strasser y te la daré. Necesito que no nos mire, ¿comprendes? Y... y... soltar este volante, si no queremos estrellarnos todos.

Baxter no respondió.

Sonreía.

Media hora más tarde...

Faros que se encienden, faros que se apagan, que se encienden...

Un mensaje en Morse.

Olga Strasser abandonó el portal donde se encontraba y salió a la acera, maletín en mano, y empezó a acercarse al «Peugeot» verde oliva que en aquel momento se detenía junto al bordillo de la acera, sin adivinar ni por un asomo en la sorpresa que la aguardaba dentro.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

